

# LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

## LA MUJER.

### ESTUDIOS MORALES,

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

### ARTICULO TRECE.

#### COQUETERIA Y COQUETISMO.

##### I.

La coquetería y el coquetismo se confunden generalmente, y no obstante son enteramente distintos entre sí.

La primera la sienten todas las mujeres desde que despunta la luz de su razón, y generalmente no las abandona hasta el sepulcro, aunque bajen á él á una edad muy avanzada.

El segundo no se siente, se egerce, porque, lejos de ser un sentimiento, es un sistema calculado y sujeto á reglas.

Aun hay otras muchas cosas que diferencian notablemente la coquetería y el coquetismo.

La coquetería la siente, como ya dije, toda mujer, mas ó menos tiempo.

El coquetismo lo ejercen únicamente las mujeres de corazón frío y de poco elevados sentimientos.

La coquetería es conveniente: ella constituye el principal encanto de la mujer.

El coquetismo, por el contrario, rebaja su dignidad y muchas veces mina en la opinión pública el pedestal de su virtud.

La mujer necesita conservar la coquetería para su felicidad; porque la coquetería es una especie de conocimiento de su propio mérito,

que la induce á realzarlo en cuanto puede y aumentarlo con mil graciosos é inocentes recursos.

Puede decirse que la coquetería es un deseo constante de agradar. La mujer virtuosa desea agradar y ser simpática primero á sus padres y á su esposo, y despues, por amor á ellos, á la sociedad en general.

Porque una mujer buena y amante es feliz cuando las personas que ama pueden enorgullecerse de su mérito, sin que un pensamiento nebuloso vaya nunca á mezclarse en su inocente dicha.

En las mujeres de alma fría, la coquetería degenera muy pronto en coquetismo, ó nace ya con ellas este gran defecto, que suele ser el origen de muchas desgracias.

##### II.

Hay algunas mujeres dotadas de encantadora coquetería en su juventud: todo participa de ella, sus acciones, su trage, sus palabras y hasta sus menores movimientos: su mas vivo deseo es agradar, y yo encuentro en esa constante ocupacion del placer de los demás algo de generoso y tierno.

Su coquetería las hace constantemente amables y dulces: su coquetería las inclina á cultivar todo género de habilidades, y á presentarse, aun en familia, bien y elegantemente prendidas.

Pero consiguen casarse y se creen ya dispensadas de todos esos cuidados que tanto las embellecian: visten solo algunas batas holgadas para no molestarse; se peinan mal y descuidan enteramente el dibujo y la música.

—Mi marido, se dicen, me amará igualmente con una bata que con el corsé puesto: con el cabello mal recogido que con un peinado en el cual tengo que emplear tres cuartos de hora: lo mismo le importa ya oirme tocar el piano que verme dormir en una butaca

ABRIL.

31



durante la velada, mientras él escribe ó se va al café con sus amigos.

¡Ah! Cuánto os engañais, pobres mujeres! el hombre ama siempre lo bello y lo busca instintivamente: no sabeis las consecuencias que puede traer vuestro descuido y el abandono de vosotras mismas.

Vuestros esposos os agradecerian que os adornáseis para ellos: al ver que en tan poco teneis el agradarles, el primer pensamiento que surge en sus almas es el siguiente:

—Esta mujer se adornó únicamente para encontrar marido, y ahora que lo tiene mira mas por su egoismo que por agradarme: quizás nunca me amó.

Este pensamiento destruye su primera ilusion, y tras de la primera caen todas las demás como las hojas secas de un árbol.

La mujer, al perder su coquetería, se hace regañona, displicente y materialista; pierde el gusto para todo y llega á presentarse ante su esposo, no ya mal vestida, si no hasta sucia y abandonada.

Es cierto que cuando la mujer es madre refunde en sus hijos toda la coquetería: es cierto que su amor materno, que su abnegacion la embellecen á los ojos de todos; pero su esposo que la vé en el interior de la casa, no se satisface con que cuide esmeradamente de sus hijos, porque el corazon del hombre necesita la virtud adornada de atractivos y no en completa desnudez.

Acostúmbrase al fin al desaseo de su mujer; pero le agrada ver á otras mujeres graciosas y elegantes y busca su conversacion animada, sus habilidades, sus gracias, y, en una palabra, su coquetería.

¡Ay entonces de la esposa que ha perdido la suya si entre esas mujeres, cuyo trato busca su marido, hay alguna que ejerza con destreza el coquetismo! El edificio de su felicidad que sufrió un rudo golpe al perder su esposo la primera ilusion, viene muy pronto á tierra para no volver á levantarse jamás.

Porque habeis de saber, lectoras mías, que para el coquetismo, no hay nada sagrado: su gloria mayor se cifra en atar á su carro al esposo tierno y al virtuoso padre de familia: nada le importan á él los dolores de una esposa abandonada, la infelicidad de una familia entera: el coquetismo se nutre de lágrimas y se alimenta de gemidos.

En medio de su llanto, en el insomnio de sus noches sin sueño, busca la triste esposa la causa del desvío de su esposo.

—Yo le soy fiel, dice: yo soy una buena madre de mis hijos: me olvido de mí propia para no pensar mas que en mi familia, y en la pros-

peridad de mi casa. ¿Cuál es, pues, la causa de la indiferencia que me muestra el hombre que tanto me amaba?

La causa, pobres desdichadas, la causa es la exageracion de esas virtudes que alegais con razon como otros tantos méritos! Si alguna de vosotras lee estas líneas, que, sábelo Dios! escribo anhelando volveros la felicidad, acordaos del consejo que os doy en ellas. *Una mujer jamás debe olvidarse de sí misma.*

No desecheis nunca vuestra coquetería: ella es necesaria á vuestra dicha: ella, además, inclina á la virtud: la coquetería es un deseo de inspirar simpatías á los estraños y amor á las personas que amamos, y este deseo, como dije antes, modera todas nuestras malas pasiones, y pone en relieve todas nuestras bellas cualidades.

La coquetería, y por consiguiente el buen gusto, no están circunscritos solo al cuidado del trage: se estienden tambien á la habitacion en que vivimos, á los muebles que usamos y hasta á nuestros hábitos: la coquetería es económica: una mujer que esté dotada de ella, está mas elegante con un vestido de tafetan ó linón que otra que la desconozca con un trage de brocado ó terciopelo: en la primera, una flor luce toda su gracia: en la segunda, una piocha de diamantes deslucce su valor.

La habitacion que se cuida con coquetería, por sencilla y hasta pobremente alhajada que esté, tiene cierto perfume de elegancia, cierto encanto suave que no se puede definir: hay un no sé qué en la manera con que gradúa la luz una mujer de buen gusto, en la forma con que coloca cada mueble, que posee un atractivo inimitable y que agrada al corazon y á los sentidos mil veces mas que la mas fastuosa opulencia, cuando está dispuesta sin tacto, ni gusto.

Estas mujeres saben usar bien y convenientemente de los colores y formas en sus trages: no confunden jamás el de mañana con el de visita; el de paseo con el de sociedad; el de reuniones de confianza con el que es á propósito para ir al teatro: conocen á fondo la ciencia, tan difícil en el mundo, de dar á cada uno lo que le corresponde, y siendo amables y espirituales nunca se ponen en ridículo.

### III.

El coquetismo no tiene la generosidad y abnegacion de la coquetería: no imprime en la que lo egerce el sello del talento, sino el de la astucia y falsedad.

El coquetismo es fastuoso y deslumbrador,



pero carece de ese atractivo inherente á todo aquello en que toma parte el corazon: anhela que se rinda tributo, no amor: es vano, pero no sensible; arrogante, pero no digno: el coquetismo, y no la coquetería, es lo que dá á la mujer el odioso nombre de *coqueta*.

El coquetismo se acompaña siempre de la presuncion, y hasta los ha unido en el título de una lindísima comedia un aventajado y simpático escritor contemporáneo (1). El coquetismo es intolerante, mordaz y despiadado hasta con las mismas que le dan abrigo, pues no bien los años empiezan á pintarse en su frente con amargos y helados caracteres, las abandona sin dejarlas otra cosa que vacío y soledad.

Porque el coquetismo espanta al matrimonio en vez de atraerlo, como la coquetería: la pobre muger en quien hace presa adquiere por él una patente de malos sentimientos y de no buena moral.

Por eso nadie quiere á la coqueta para depositaria de su honor ni para madre de sus hijos; y como además el coquetismo es muy dispendioso, huyen de él hasta los viejos avaros, achacosos y regañones que se creen bastante fuertes para guardar su honra por sí solos, que ya no esperan hijos, y que renuncian á la dicha de tener una compañera por no derrochar sus caudales.

El coquetismo es el que usa de los afeites, los ademanes ridículos y las posturas indecorosas: el séquito del coquetismo es la vanidad, la inmodestia, el egoismo, la ambicion, y hasta la crueldad: porque cruel llamo yo á la mujer que se complace en sembrar esperanzas en juveniles corazones para desgarrarlos despues con un desengaño, que, segun el temple del que lo sufre, suele tener consecuencias mas ó menos funestas.

Porque así como dije al trátar de la influencia del amor en la mujer, que un desengaño puede hacerla coqueta, así asiento tambien ahora, que un desengaño en amor, puede ahogar en el corazon del hombre todos los buenos y generosos instintos.

Generalmente se vé, que una mujer coqueta elije para casarse á una persona rica, aunque la doble la edad ó sea deforme y ridícula: porque para las coquetas no hay mas ídolo, que los goces de la vanidad y lujo: su corazon es mudo y helado.

Las coquetas, son generalmente las que degeneran en mujeres desaseadas y poco cuidadosas de sí propias: entre estas hay muchas que descuidan su casa y su familia, y se aban-

donan á una existencia de comodidades y enteramente egoista, para indemnizarse de los cuidados que las costó el adquirir el marido, y la posicion social que ambicionaban.

#### IV.

La coquetería digna y bien entendida, debe acompañar á la mujer hasta en su ancianidad.

De mí sé decir, que cautiva mis ojos una señora anciana vestida con la severa elegancia correspondiente á su edad, y que se dá aquel decoro que tanto realza la dignidad de los años.

Yo recuerdo aun llena de enternecimiento á mi abuela paterna, dama que habia pasado la mitad de su vida en el palacio de nuestros reyes, y á quien los años no habian quitado nada de su amable dignidad.

Cuando á la muerte de su esposo, médico de cámara del rey Fernando VII, dejó la corte, se retiró á una provincia y vivia en una casa muy modesta, y sin mas servidumbre que dos criadas: así dividia su vida entre su religion y yo que era su amor mas tierno sobre la tierra.

Mis ojos se llenan de lágrimas al recordarla en este instante, sentada en un cómodo sillón, vestida de seda negra ó gris y delante de un pequeño velador, que contenia sus libros de oraciones, en tanto que yo jugaba á sus piés sentada sobre la alfombra.

Todo en mi buena y anciana mamá era decoroso y de buen gusto: su pequeña casita alegraba el corazon, y no habia en ella otra cosa que coartase mi confianza, que el gran retrato de mi abuelo vestido con su magnífico uniforme de proto-médico general de los ejércitos de mar y tierra, con el sombrero adornado de plumas blancas en la mano y el pecho lleno de condecoraciones, y que me miraba fijamente donde quiera que me pusiese.

Nunca ví en casa de mi abuela un mueble de mal gusto: á pesar de poseer riquísimas joyas, jamás la ví hacer ostentacion mas que de unos pequeños zarcillos de diamantes, y la caja de oro guarnecida de pedrería, donde guardaba el rapé, y que habia pertenecido á su esposo: pero su cuello, sus mangas y su papalina de encages, eran de un gran valor y de una deslumbradora limpieza: aunque abandonó completamente el uso del sombrero, sus mantillas, siempre de casco espeso, valian un tesoro, y la tela de sus trages negros ó muy oscuros era de una estremada riqueza.

No recuerdo haber visto jamás la coquetería de la ancianidad mas dignamente representada que en mi abuela, y por eso hablo de ella aquí como una muestra de que la coquetería

(1) El Sr. D. Francisco Flores Arenas.



bien entendida no llega jamás á ser ridícula.

Séame lícito además, rendir un tributo de amor á la noble señora que era dos veces mi madre, y que me amó con tanto extremo sobre la tierra, que aun hoy la invoco en mis aficciones para que me proteja desde el cielo á donde deben haberla conducido sus virtudes.

## V.

La coquetería, mis amadas lectoras, es una amable compañera que embellece nuestra vida y la de todos los seres que nos rodean, y á la cual, lejos de rechazar ó desconocer, debemos amar y hacer nuestra amiga inseparable.

Ella dá encanto á nuestra casa, elegancia á nuestros trages, y belleza á nuestra fisonomía; ella es una hada bienhechora que nos proporciona el amor de las personas que nos son queridas y nos sonríe siempre.

El coquetismo es un monstruo detestable que se traga nuestros buenos instintos, y que nos hace aborrecibles á todos, porque, al invadir el corazón, le endurece.

La coquetería es amiga de la virtud.

El coquetismo es su enemigo mas declarado.

En una palabra, la coquetería es la base de la dicha y el sosten de las bellas cualidades de la mujer.

El coquetismo es el prólogo de su prostitucion, que tiene por epílogo el abandono y el desprecio de todos.

## ARTICULO CATORCE.

### DEL ORGULLO Y VANIDAD.

#### I.

Existe entre estos dos sentimientos una diferencia notable, como entre los dos, de los cuales traté en mi artículo anterior.

El orgullo bien entendido y sentido (porque es un sentimiento mas ó menos vehemente) con moderacion, es siempre laudable y conveniente: en este caso los nombres *orgullo*, *dignidad*, son sinónimos.

El orgullo es muchas veces el defensor de la virtud de la mujer, aun cuando esta se halle combatida por una de esas pasiones voraces y estremas que se ven algunas veces en la vida; y de mas de una pudiera asegurarse que, encontrándose aislada en medio del mundo, sin padres, esposo, familia, ni autoridad alguna que pudiese contenerla y pedirle cuenta de sus acciones, ha encontrado la salvacion de su honor en el sentimiento fuerte y noble de su orgullo.

Nadie ha presentado el orgullo bajo formas mas poéticas y bellas, y al mismo tiempo mas verdaderas, que Eugenio Sue en la lindísima novela que lleva por título *La Duquesa* y que está basada en el primero de los pecados capitales: la hermosa y casta Herminia, aquella jóven de diez y ocho años, por cuya alma purísima no han resbalado jamás mas que nobles y virtuosos pensamientos, es la personificación de la dignidad de la mujer, ó por mejor decir, de su bien entendido orgullo.

Porque este orgullo la hace sobrellevar la miseria y las privaciones con paciencia, y hasta con alegría: este orgullo hace frente á todas las asechanzas de un hombre pervertido que desea seducirla: este orgullo la hace respetar el secreto de su madre, consintiendo en aparentar que ignora á quien debe la vida; y este orgullo, en fin, la hace guardar su lugar tan admirablemente, que la altanera duquesa de Senneterre, una de las damas de la mas antigua nobleza francesa, tiene que ir á su casa á pedirla que consienta en casarse con su hijo, el heredero de todos sus títulos y blasones.

Al que haya leído esta lindísima novela, nada puedo decirle ya en elogio del orgullo: en ella, como dije antes, está poetizado y embellecido de un modo tan sublime y con tal fundamento, que necesariamente debe convenirse que es útil y hasta necesario.

Casi pudiera decirse que el orgullo es el padre de la gentil y graciosa coquetería: porque una mujer orgullosa es aseada, ya que no pueda ser elegante; y el aseo es el lujo y la coquetería de los pobres: una mujer digna lleva con una elegancia sin igual un vestido blanco, cuyo coste no pase de ochenta reales, y muy económico además, porque cada vez que se lava queda nuevo y hermoso; y quizás desluzca con él á otras que ostentan trages de muy subido precio.

Una mujer digna y orgullosa, en la buena acepcion de esta palabra, recibe, sin cortarse, en su modesta vivienda la visita mas encumbrada: no descubre en su frente esa culpable vergüenza de *no ser rica* que atormenta á tantas otras, y hace con perfecto desembarazo los honores de su casa, porque su orgullo, tan exigente por lo menos como la mas delicada conciencia, la grita sin cesar al oído:

*„Tú eres noble y estimable, porque eres buena.“*

Además, la mujer que posee igual sentimiento, escucha con altivo y generoso desden todo aquello que puede ofenderla, y á veces, ni aun dá á sus enemigos el gusto de que la vean desazonada, por mas que á sus solas,



forme un tributo al dolor que las injusticias del mundo la ocasionan.

## II.

El orgullo es tambien necesario en la vida doméstica: aunque el destino, la condicion y el deber de la mujer es ser amante y apacible; aunque la resignacion es una de las virtudes que mas la realzan, hay casos en que á todas estas consideraciones debe sobreponerse un noble y bien entendido orgullo.

No me entretendré yo, por cierto, á señalar cuales deben ser esos casos: en ellos, el único juez es la conciencia; pero sí aseguraré que la mujer buena y religiosa debe seguir los impulsos de su orgullo, cuando este se levanta en su corazon herido, segura de que las decisiones, dictadas por él, serán siempre justas y razonables.

El orgullo impide á la mujer el ser perjudicialmente coqueta, el exagerar y el aventurar la mas leve mentira: el orgullo imprime á sus modales un carácter digno y distinguido, sin que por esto dejen de ser dulces: el orgullo la hace cuidadosa de sus hijos, amante de su marido, y buena y entendida ama de su casa.

La mujer orgullosa cuida mucho de que nadie tenga nada que reprocharla: sus acciones son siempre buenas y leales, porque moriria de pena si tuviese que inclinar la frente delante de alguno; quizás no comete faltas por no tener cómplices que pudieran un dia echárselas en cara.

No vereis nunca que una mujer orgullosa se case con un viejo ó con una persona deforme; primero muere soltera, evitando el peligro de ser infiel á su marido, porque solo se casa con un ser á quien pueda amar.

Dedúcese de todo lo dicho, que una mujer puede ser, si no buena, inculpable al menos, con solo tener orgullo: el temor de las reconvencciones de otro la hacen cumplir con todos sus deberes; y aunque sepá que por prudencia ó por otras consideraciones han de callar acerca de sus acciones, su conciencia, en extremo intolerante y siempre avizor, no la permite el mas leve desliz.

Siempre, y en todas las ocasiones de su vida, es mártir de su deber: ni causa á sus padres el mas pequeño disgusto, ni da á sus hijos nunca un mal ejemplo.

## III.

El orgullo, sin embargo, puede degenerar en un sentimiento culpable y hasta odioso, si

no va acompañado de mucha dulzura de carácter.

El orgullo inspira tambien un desmedido deseo de brillar; pero entonces merece el nombre de orgullo mal entendido; es decir, es destituido de dignidad y de generosa altivez.

Yo he pintado ya en cuanto me ha sido posible, ese orgullo feroz en alguna de mis novelas: orgullo y no mas, es lo que impide en la que lleva por título *Rosa*, á la Marquesa de Olmedo á acceder á que su hija se case con el capitán Galvez; y este orgullo es el que ocasiona la muerte á la desdichada Clementina.

Al orgullo he querido personificar en la figura mas odiosa de la leyenda histórica titulada *La Corona de sangre* (1).

Al hablar de la culpable condesa de Rivedeo, son estas mis propias palabras:

„La mujer que no alberga bastante sensibilidad de corazon para precaverse del demonio tentador del orgullo, la que se deja dominar de la ambicion, la que no doma sus pasiones con el freno sagrado de la religion, correrá de abismo en abismo, y quizás dejará manchada de crímenes la senda tortuosa de su vida.”

Este aserto es verdadero aplicado á la infernal criatura que en aquel escrito le motiva, y no tiene por cierto sobrada energía, empleado en el sangriento drama que refiero en una época ya muy remota; pero en nuestros dias y en nuestra sociedad, será muy raro que el orgullo mas exaltado y culpable dé tan funestos resultados.

No obstante, lo que sí se puede asegurar, como una verdad innegable, es que la mujer buena y virtuosa siente el orgullo justo y razonable, al paso que la egoísta é irreligiosa se deja dominar por el orgullo culpable, en el cual tiene la ambicion no pequeña parte.

La esposa del orgullo razonado es la bella dignidad, y le llama padre la altivez; pero esa altivez que posee la suavidad, encanto y hermosura de la infancia.

La consorte del orgullo exagerado es la dura y seca ambicion, y este enlace engendra muchos y muy malos y odiosos hijos; tales son el egoismo, la arrogancia, dos gemelos llamados, el ridículo y la vanidad, y otros varios cuyos nombres callo por feos y cuyas fisonomías desconozco completamente porque jamás se dan á la luz.

(1) Esta leyenda es una de las cuatro que forman la coleccion que acaba de publicar la autora con el título de *Amor y Llanto*.



## IV.

Muchas personas confunden el orgullo con la vanidad.

Nada hay, sin embargo, más opuesto.

El orgullo, como ya he dicho, es conveniente y hasta preciso, cuando va acompañado de buenos sentimientos y de buen carácter: culpable y odioso, si invade el alma completamente, engrosado por las lisonjas del mundo, y ahoga en ella todos los sentimientos dulces y tiernos.

Pero la vanidad es demasiado raquítica para ser mala, y sobrado menguada para ser buena.

La vanidad es siempre ridícula.

La vanidad es una figura tiesa, seca y larga, que tiene la cara del mico, los piés del ganso, el conjunto y gestos extravagantes de la mona, y el vientre abultado como la corcova que ostentan en el lomo los camellos.

Se procura por cuantos medios están á su alcance gran copia de trages ricos y sin gusto, de joyas vistosas y exageradas, de plumas, de diges y de afeites: y cada día se empavona y acicala, vistiéndose unas sobre otras todas las piezas de su estrambótico equipaje.

La vanidad no se replega, como el orgullo digno, ni obra con energía como el orgullo ambicioso: su afán está reducido á brillar; ó mejor dicho, á llamar la atención en todas partes.

Por eso usa siempre brazaletes de plata y oro rodeados de campanillas, enormes abanicos que hagan mucho ruido, y chales y vestidos de abigarrados colores (1).

La vanidad no tiene hijos: es solterona y estéril: nadie la inspira amor porque se dedica únicamente á amarse á sí propia; y, aunque fuese capaz de amar á otros, es tan fea y ridícula, que nadie la quiere.

La vanidad es glotona, y cada día se atraca de los mas esquisitos manjares.

Pero jamás engorda: es tan envidiosa que se consume ella misma.

Su respiración, sin embargo, se parece á la de una persona apoplética, porque su hinchado vientre la sofoca.

Cuando habla, es siempre con frases estudiadas y retumbantes: la vanidad tiene un diccionario esclusivo y enteramente diverso de todos los demás.

No conoce á la religion, ni á la amistad, ni á la beneficencia, ni á la tolerancia, ni al amor

recíproco; y en cuanto á inteligencia, la suya, si la tiene, es tan limitada que no sabe mas que *hacer papel*.

Casi siempre va sola; pero en las grandes solemnidades se la ha visto del brazo con el ridículo, su hermano gemelo.

Este ha perdido en medros cuantos le sobran á su flaca hermana: es un enano, feísimo y grotesco, adornado tambien con joyas, brocados y preseas; pero en tal cantidad y tan ricas, que se podría creer viste con sus desechos á su hermana la vanidad.

El ridículo, al revés de su compañera, rie sin cesar abriendo una boca enorme, y no cesa de hacer señas y guiños, llamando la atención de todos sobre la gravedad y tieso continente de su hermana.

## V.

Existen algunas pobres mujeres en las cuales hace presa la vanidad que, cansada de andar siempre sola, se apega á ellas de un modo inaudito.

Aunque fea y antipática, como solo se acerca á aquellas que tienen inteligencias limitadas ó educación grosera, logra dominarlas completamente y hacerlas sus víctimas.

Item mas: las imprime todos sus caprichos y sus hábitos; las viste de los desechos de sus galas, cuyo primer brillo gastó ya el ridículo, y se declara su compañera inseparable.

Hasta las enseña sus gestos y su diccionario.

Pero lo mas doloroso para esos pobres seres, es que el ridículo, no bien ve á su hermana aferrada á alguno de ellos, quiere tambien su parte en la presa, y, como la vanidad, se viste y engalana con sus dádivas, le deja, por miedo de perderlas, la parte mejor de sus conquistas.

¡Ay de la pobre mujer que cae en las garras de estos malvados gemelos! No tiene otra perspectiva que ser el ludibrio de la sociedad y el *hazme reir* de todo el que la mira.

Solo el orgullo razonable puede salvarla entonces: el orgullo, esposo de la dignidad, que acude con su amable compañera, porque ambos son enemigos del orgullo exagerado, y por consiguiente de sus odiosos hijos.

No hay cosa que mas hiera que el ridículo: el mundo compadece quizás á un ser culpable; pero se encarniza contra el que está marcado por aquel.

Así pues, creedme, lectoras mías; huid de él y precaveos de sus tiros: para conseguirlo no existe otro medio que arrojar lejos á la vanidad cuando se acerque á vosotras, porque esta

(1) La figura de la *vanidad*, pertenece á una GALLERIA CRÍTICO-SATÍRICA DE VICIOS Y VIRTUDES que en el día está escribiendo la autora.



atrae instantáneamente á su feo y cruel hermano.

No cometáis jamás el craso y lamentable error de confundir la vanidad con el orgullo digno y altivo, que es una de las mas bellas dotes de la mujer y la defensa mas eficaz de su virtud, cuando está secundado por la sublime y hermosa religion.

Y para preservaros de la vanidad, huid siempre de deseos y caprichos dispendiosos.

Cuando anheleis una cosa, un trage, una joya superior á vuestros haberes, desechad ese deseo culpable é hijo de la vanidad y como preludio de otros muchos desordenados: la vanidad no cesa jamás en sus perversas sugerencias, y cada día os hará desear cosas nuevas y mas arduas.

La vanidad enajena el cariño de los padres, del esposo, de los hijos, los cuales, por su parte, no pueden amar mucho al ser que les priva de su decencia y bienestar por satisfacer sus presuntuosos caprichos é inagotables exigencias.

La vanidad os robará la consideracion y el aprecio de la sociedad que todo lo escudriña: y la envidia que, como una carcoma, la roe de continuo, averiguará que gastais mas de lo que teneis, y hará acerca de vuestro fausto mil suposiciones injuriosas.

No deis, pues, lugar á tantos males; y lejos de confundir la vanidad con el orgullo, oponed este como un dique á los desórdenes que os aconseje aquella.

Sabed distinguirlos entre sí, pues en eso estriba vuestra dicha.

El orgullo digno es una virtud.

El orgullo arrogante y exagerado, es una falta.

La vanidad es un vicio que, á pesar de ir siempre acompañado del ridículo, puede precipitaros en un abismo de desórdenes.

Sobre todo, grabad en el alma de vuestras hijas ese sentimiento puro de dignidad orgullosa que os recomiendo; pero alejadas de las asechanzas de la vanidad, y ahogad en su gérmen la soberbia arrogancia que mas tarde puede degenerar en el orgullo culpable, ambicioso y cruel.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

## LA VIDA DE JUAN SOLDADO.

### I.

—¡Qué noche!.... en la chimenea sopla el viento sin cesar,

y son rios las canales,  
y hace un frio que ya, ya;  
hijos avivad la lumbre;  
mas leña.... aunque sea un haz,  
para que así se caliente  
y se seque el militar.

Tú, Soledad, entretanto  
baja un pernil del varal,  
y haz al militar la cena,  
que buena gana tendrá.  
—Gracias, patronita, gracias  
por su infinita bondad.  
—¡Eh! Déjese usted de gracias;  
no hacemos nada de mas.  
En este mundo, hoy por tí  
mañana por mí, y en paz.  
Como dice el señor cura,  
el que siembra cogerá,  
que mañana ú otro día,  
tal vez mis hijos irán  
por esos mundos de Dios  
como usted ahora va,  
y Dios le dará patronas  
que no me los traten mal....  
¡Hijitos de mis entrañas,  
Dios los tenga por acá!—

Así dice la patrona;  
y el honrado militar,  
de negro y largo bigote,  
de continente marcial,  
de ojos negros, tez morena,  
algo rudo en el hablar,  
pero de aquellos que llaman  
vino al vino y pan al pan;  
siente una lágrima tierna  
por su mejilla rodar,  
aunque el silbo de las balas  
no le conmovió jamás.  
Y los dos hermosos niños  
que ocho ó diez años tendrán,  
no se cansan de echar leña,  
leña seca en el hogar,  
ni se cansa de partir  
rico jamon Soledad,  
que es una chica morena  
llena de gracia y de sal,  
ni se cansa la patrona  
huevos frescos de cascar.  
—Militar, ¿cómo es su gracia?  
dice la patrona.

—Juan.

—¿Y há mucho que usted milita?

—Seis años cumplidos há.

—¿Tiene usted padres?

—Los tengo,

y no los puedo olvidar.

—Aunque jóven, ¡qué trabajos  
habrá pasado usted ya!

—¿Qué si he pasado? ¡Ay patrona,  
no me quisiera acordar!....

—Ya tiene usted á mis hijos  
muertos de curiosidad  
por saber toda la historia  
de su vida militar.

—Hola, caporales! ¿sois  
curiosos? Venid acá  
y sentaos á mi lado,  
que os la voy á relatar,  
aunque hay un cantar antiguo  
que dice, y dice verdad:  
*la vida de Juan Soldado*



*es muy larga de contar.*

## II.

—Una tarde nos decia  
el cura de mi lugar:

"Con no sé cuantos franceses  
pasa la raya Armagnac....  
¡Qué no hallara en Roncesvalles  
un Bernardo ese Roldan!  
Por amigo se nos vende;  
reniego de su amistad;  
que tarde ó temprano, el gato  
las uñas ha de sacar....  
Ese Godoy, por mal nombre  
el príncipe de la Paz,  
el príncipe de la Guerra  
se debiera titular,  
que la guerra por su culpa  
tenemos encima ya."  
¡Ay cuánta razon tenia  
el cura de mi lugar!  
Entró el francés en España,  
y creyéndole leal,  
á su paso en todas partes  
fiestas vienen, fiestas van.  
Su fino agradecimiento  
quiso al español mostrar,  
y se le mostró.... clavándole  
en el pecho su puñal,  
pues, dejando en los traidores  
al mismo Judas atrás,  
como Pedro por su casa  
entró en Pamplona Armagnac,  
en Barcelona Duchesne,  
en San Fernando Piat,  
y hasta.... patrona, vergüenza  
el referirlo me dá!  
hubo en Madrid españoles  
que entregaron sin chistar  
la espada del rey Francisco  
al sanguinario Murat.

—Jesus, Jesus, que vergüenza!  
—El francés, siempre falaz,  
llevó á Francia con engaños  
á la familia real,  
pues queria Napoleon  
en toda España mandar;  
pero el pueblo madrileño,  
que es un Cid, no aguantó mas,  
y luchó como un leon  
al grito de libertad,  
matando mas mamelucos  
que arenas tiene la mar.  
Pero como los franceses  
eran veinte veces mas,  
al cabo los madrileños  
se rindieron á Murat,  
que fusiló hasta los niños  
de teta....

—Qué atrocidad!  
¡Angelitos de mi alma!  
—Y diga usted, militar,  
¿son judíos los franceses?  
—No sé lo que son, rapaz,  
pero aquella degollina  
cara costándoles va.  
Supo el alcalde de Móstoles  
que la heroica capital  
luchaba con los franceses,  
y aunque era un pobre patan,

indignóse y puso un parte  
que decia.... poco mas  
ó menos: "*Madrid es víctima  
de la perfidia imperial.*"

Y el parte por toda España  
corre con celeridad,  
y en todas partes el grito  
de independencia se dá.  
Las rocas de Covadonga,  
donde once siglos atrás  
alzó la cruz don Pelayo  
contra el pendon musulman,  
oyeron el primer grito  
contra el francés desleal.

¡Virgen del Pilar! La sangre  
me hervia como un volcan  
cuando el bravo Mendizabal  
gritó en mi pais natal

"Venid, valientes navarros,  
por la patria á pelear!"

Y los navarros, seguimos  
á aquel valiente con tal  
entusiasmo, que juramos  
el fusil no abandonar  
hasta conseguir luchando  
la muerte ó la libertad.

—¡Si yo hubiera estado allí!....

—¿Qué hubieras hecho, rapaz?

—Toma! ir á matar franceses  
con ustedes. ¡Voto va!...

—Bien, hombre! Eres mas valiente  
que el Cid y el gran Capitan.

—Militar, ya está la cena,  
conque vamos á cenar.

—Sí, cenemos, patronita,  
que tengo necesidad  
de reforzar el estómago  
si el cuento he de continuar,  
pues como dice la copla,  
y ustedes mismos verán,  
*la vida de Juan Soldado  
es muy larga de contar.*

## III.

—Cerquita de Rioseco  
nos dijeron:—"¡Ahí están  
los franceses."—Pues á ellos!  
gritó nuestro general:  
y sintiendo de alegría  
el corazon palpar,  
cerramos con los franceses  
al son del racataplan.  
Plum, plurrum! descarga viene;  
plum, plurrum! descarga vá;  
¡se armó allí una de doscientos  
mil demonios! ¡Qué silbar  
las balas! ¡Qué modo de ir  
hombres á la eternidad!  
Pero.... ya se vé, el francés,  
soldado aguerrido ya,  
bien vestido, bien armado,  
como la zorra sagaz....  
nosotros, pobres reclutas,  
descalzos y á medio armar....  
¡qué habia de suceder!  
triunfó el águila imperial,  
y Escobedo, Chaperon,  
Maceda.... una infinidad  
de valientes derramaron  
allí su sangre leal



y.... vamos, si no quisiera...

—¡Madre, llora el militar!

—Patronitas, me avergüenzo de tanta debilidad;

pero qué quieren ustedes?  
no lo puedo remediar.

—¡Calla, también llora madre!

—¡Toma, y también Soledad!

—Rapaces, por los valientes todos debemos llorar.

Pero sigamos el cuento,  
y Dios tenga en santa paz  
á tan buenos militares,  
que de fijo los tendrá.

El francés en Rioseco  
quiso el triunfo celebrar,

y le celebró el Neron  
degollando sin piedad  
á todo bicho viviente.

—¡Jesus!

—Pues aun hizo mas.

—¡Qué pícaros de franceses!

—No contentos con robar  
hasta los santos copones,  
su desenfreno fué tal,  
que forzaron muchas monjas  
delante del mismo altar.

—¡¡Santo Dios, qué judiada!!

—¡¡Dios mio, qué atrocidad!!

—Y pegaron fuego al pueblo.

—Dígame usted, militar,

¿se ha acabado ya la guerra?

—Aun dura. ¿Por qué, rapaz?

—Porque si admitieran chicos  
en la tropa, me iba allá  
y mataba mas franceses....

—¡Bien, hombre, bien, voto á san!

—Deja que te dé cien besos,  
que vales un dineral!

—Ten un poco de paciencia,  
y escucha, que ya verás  
como, por arte ó por parte,  
donde las toman las dan.

Muchos trabajos pasé  
desde aquel día fatal,  
andando de ceca en meca,  
descalzo, falto de pan,  
con los franceses delante,  
con los franceses detrás;  
ya tostado por el sol,  
ya muerto de frio, ya  
espeado, ya molido  
á fuerza de caminar!

Pero como siempre el bien  
camina detrás del mal,  
al fin encontré el desquite  
de tanta penalidad,  
porque dimos en Bailen  
una batalla, que atrás  
deja á todas las batallas  
que se han dado y se darán,  
Mandaba el francés Dupont,  
que dicen era sagaz,  
y valiente y entendido,  
y en fin... un buen general;  
y á nosotros nos mandaban  
Castaños, que no le vá  
á nadie en zaga, y Reding  
y Abadía que serán  
por los siglos de los siglos  
espejo del militar.

ABRIL.

Reding y Abadía emprenden,  
fuego viene, fuego vá,  
con el soberbio Dupont;  
óyese el cañon tronar:

se dan cargas y mas cargas,  
bayonetazos se dan,  
caen franceses como chinches;  
quiere Dupont escapar;  
le circunvalan los nuestros,  
y ten de aquí, ten de allá,  
mas de veinte mil franceses  
prisioneros se nos dan,  
y si mas no fueron... fué  
porque no quedaban mas.  
Patronas, pensé aquel día  
de gozo prevaricar!

—Por vida de... ¿Pesan mucho  
los fusiles, señor Juan?

—Y que pesen ó no pesen,  
¿qué te importa á tí, rapaz?

—Que no me importa? Caramba!  
si yo pudiera llevar  
el fusil, sentaba plaza....

—Este chico vale mas  
pesetas que el Potosí,  
y ha de ser un general.

—¡Ay no me lo quite Dios  
de mi ladito jamás;  
que tiene muchos percances  
la vida del militar.

—¡Ay patrona, todavía  
no sabe usted la mitad!  
*La vida de Juan Soldado  
es muy larga de contar.*

#### IV.

Pues, señor, de que vencimos  
á Dupont, héte que va  
el parte de que apurados  
los de Zaragoza están,  
pues los sitian los franceses  
con mucha tenacidad,  
y decimos;—"Los franchutes  
por aquí guerra no dan,  
y la dan en Zaragoza....  
Pues, señor, vamos allá."  
Y hala, hala, hala, casi  
sin comer ni descansar,  
llegamos á Zaragoza,  
y en las Heras, zas, zis, zas,  
zurramos á los franceses,  
y entramos en la ciudad.  
¡Qué alegría los sitiados  
al ver gente tan marcial!  
Nos besaban las mujeres  
casadas y por casar.  
"Entregaos!" les decian  
los franceses; pero quiá,  
todos habian jurado  
por la Virgen del Pilar  
perecer, como en Numancia  
sucedió tiempos atrás,  
antes que entregar la plaza  
al ejército imperial.  
¡Qué modo de caer bombas!  
¡Qué modo de pelear  
en todas partes! Qué modo  
de echar á la eternidad  
franceses en los asaltos  
que nos daban sin cesar!

32



Don Francisco Palafox,  
el mas valiente y leal  
que ha defendido una plaza  
desde los tiempos de Adan,  
nos daba á todos ejemplo  
de valor al pelear.  
Allí todo Dios cogia  
una escopeta, un puñal,  
un fusil, una hacha, un palo,  
una azada.... un rejalgar,  
y al grito de ¡viva España!  
al zipizape se va,  
hasta que al fin el francés  
el sitio tuvo que alzar.  
De rabia y vergüenza lleno  
viendo tanta heroicidad,  
en tanto que las campanas  
de la Virgen del Pilar  
alzaban toca que toca  
himnos á la libertad.  
Como es mi placer á tiros  
con los franceses andar,  
por salir de Zaragoza  
estaba rabiando ya;  
y se lo escribí á mi madre  
que me contestó... Aquí está  
la carta:—"Juan de mi alma,  
si te puedes ahí quedar,  
quédate, porque en los campos  
es mucha la mortandad,  
y si te pegan un tiro,  
pobre de nosotros, Juan!"  
—¡Mire usted la pobrecita  
señora!... Vamos, si no hay  
amor como el de una madre!  
—¡Patronita, qué verdad!  
—¿Y se quedó usted al fin  
en Zaragoza?

—No tal:  
escribí á mi madre:—"¡Madre  
de mi corazon! lidiar  
por el rey y por la patria  
es el deber principal  
del soldado, con que así  
usted me perdonará  
si en vez de estarme aquí ocioso  
rompo la marcha á buscar  
franceses donde los haya,  
porque aquí no los hay ya."  
Y en seguida... á discrecion,  
marchen, paso regular,  
que siempre el que corre menos  
es el que camina mas,  
marché... no me acuerdo adonde  
marché. De aquí para allá  
anduve meses y meses;  
hoy en un pobre lugar;  
mañana en una montaña;  
esotro en una ciudad;  
siempre á tiros y pinchazos,  
siempre como un azacan,  
unas veces escapando  
y otras haciendo escapar.  
Ay patronas de mi alma!  
es muchísima verdad,  
*La vida de Juan Soldado  
es muy larga de contar.*

## V.

—Pero, lo repito, el bien  
camina detrás del mal.  
Despues de muchos reveses  
que callo, porque me dan  
mucha pena, vino un dia  
de gloria y felicidad;  
pues españoles é ingleses,  
jugando á quien pega mas,  
al francés en Talavera  
zurramos el cordoban.  
Bien se portaron allí  
Cuesta nuestro general,  
y Wilson y Wevesley,  
y otros que he olvidado ya!  
Mas la batalla de Ocaña  
que no quisiera nombrar,  
pues lo que en ella perdimos  
será siempre proverbial,  
nos hizo atrasar bastante,  
pero no temblar... ¿Temblar  
los españoles? No tiemblan  
los españoles jamás.  
Si en las batallas formales  
á veces nos es fatal  
la suerte, porque el francés  
es muy diestro en pelear,  
las escaramuzas... son  
harina de otro costal.  
El Empecinado, Longa,  
Mina, Rovira, Julian  
Sanchez y otros guerrilleros  
han escabechado mas  
franceses, que en medio siglo  
las francesas parirán.  
El francés, que medio mundo  
dicen ha vencido ya,  
con el rabo entre las piernas  
de España se ha de largar,  
y mas si otra zorra como  
la de Arapiles le dan.  
Allí le cogió Wellington  
seis mil hombres, y además  
le quitó la artillería,  
y hasta hirió á su general.  
Patronitas, los franceses  
de capa caída van,  
y lo prueba el que á la raya  
se empiezan á replegar;  
pero allá vamos nosotros,  
y juro á brios, que tendrá  
una buena despedida,  
si nos llegan á esperar.  
—¡Voto á... siento que se vayan.  
—¿Por qué lo sientes, rapaz?  
—Porque sin matar franceses  
no me quisiera quedar.  
—Anda, hombre, deja que vivan  
los pocos que quedan ya.  
Doscientos sesenta mil  
pocos menos, pocos mas,  
han venido á España, y quedan  
doscientos mil por acá.  
¡Ay madres que paren hijos  
para verlos!... Militar,  
los franceses al fin son  
hombres como los demás,  
y es un dolor que los hombres



se maten.

—¡Y qué verdad, patronita! Quien ha armado todo este berengenal no son los franceses: es Napoleón... ¡Mal rejalar para él!

—¡Qué tizonazos le esperan!

—A mí me dá gusto despachar franceses porque es preciso matar en la guerra; mas la guerra es una barbaridad.

Conque... ¿qué dicen ustedes de mi vida militar?

—¡Ay, señor Juan, qué trabajos! Pero se concluye ya la guerra: irá usted á su pueblo, y vivirá en santa paz con sus padres... ó su esposa, si se casa, pues tendrá novia.

—¡Qué he de tener novia!

—¿Te estás queda, Soledad?

¡Si parece que pinchándola con alfileres están!

—Patrona, si nos casáramos ese florido rosal

y yo... válgame la Virgen!

—Pues otras cosas habrá mas difíciles... Usted

es libre, ella otro que tal.

—¡Madre, como se le alegran los ojos á Soledad!

—Embustero! á mí?

—Qué chicos!

en todo han de reparar.

Jesús, ya cantan los gallos!

Bien dice usted, señor Juan, *la vida de Juan Soldado*

*es muy larga de contar.*

## VI.

—Señor Juan!

—Patronas! niños...

Qué tal?

—Muy bien, señor Juan.

Y usted?

—Ha habido de todo.

—Jesús! usted por acá?

Pues está usted de paisano mejor que de militar.

—Madre, con el uniforme á mí me gustaba mas.

—Vamos, siéntese usted mientras esta le hace de almorzar.

—A gloria sabrá el almuerzo hecho por la Soledad.

—Madre, esta parece boba mira que te mira á Juan.

—Quién mira, embustero?

—Tú.

—Dejarse de porfiar.

¿Cómo tenemos el gusto de verle á usted por acá?

—Desde aquí fuimos al norte, y á muy poco de llegar unidos con los ingleses dimos en Vitoria, tal

embite al pobre francés, que le echamos para allá. Creyéndose en Roncesvalles un Carlo-Magno, un Roldan, nos presentó la batalla; pero era el sitio fatal, porque Bernardo á nosotros nos prestó ayuda eficaz, y Roldan y Carlo-Magno lo pasaron harto mal. Lo mismo pasó en Sorauren y lo mismo en San Marcial, donde Freire se portó como todo un militar, y así no quedó un francés de la raya para acá. Me fui entonces á mi pueblo con el afán de abrazar á mis padres... pero fué inútil aquel afán, porque... padres de mi alma! Por vida de... y luego habrá quien estrañe que uno tenga tirria y mala voluntad á los franceses!

—Jesús nos asista! señor Juan.

Qué habia pasado?

—Pse,

una friolera! al pasar el francés en retirada por mi pueblo, pegó tal paliza á mi pobre padre que le echó á la eternidad, diciendo que el pobre viejo tenia un hijo *brigant*, y mi madre á los tres dias murió tambien de pesar. Jesús! Jesús! ni los mismos judíos hicieron mas.

Como en el pueblo el dolor

la vida me iba á quitar,

y me eran insoportables

parentela y vecindad,

vendí lo poco que habia

y me vine por acá

desengañado del mundo,

buscando... la soledad.

Conque, Soledad, si usted

me quisiera consolar...

—Yo... si mi madre quisiera...

—Pues no he de querer! con tal que sea á tu gusto...

—Diga

usted que sí, señor Juan,

que el otro dia mi hermana

y la Satoria, y la Paz,

y la Juana se metieron

en el cuarto para hablar

de novios, y les decia

á las otras Soledad:

"Chicas, yo todas las noches

sueño con el militar."

—Embustero: yo dije eso?

—Sí, sí, rabia, rabia! Ya que no me quieren abrir,

dije, se han de fastidiar,

que he de escuchar lo que dicen.

—Anda, cucharon.

—Me da

la gana.



—Déjale, hija.  
Ya lo oye usted, señor Juan.  
—Patrona, qué feliz soy!  
—Diga usted, ¿me enseñará  
usted el ejercicio?

—Hombre!  
pues no te lo he de enseñar?  
—Y qué me contará usted?  
—Mi vida de pe á pa.  
*La vida de Juan Soldado  
es muy larga de contar.*

ANTONIO DE TRUEBA.

## NUEVO MANUAL DE SEÑORITAS.

### *Del encage.—Continuacion.*

4. La encagera no puede menos de tener que hacer una de estas tres cosas: ó disponer y trabajar un encage de su invencion, ó desempeñar un dibujo delineado sobre el pergamino, ó en fin copiar otro encage, picándole sobre el dibujo.

En los dos primeros casos se cubrirá el cilindro en lugar de dibujo con una faja ó tira ancha de vitela ó pergamino. En el primer caso de estos dos se halla el encage cerca de la encagera, y esta le imita al paso que le va mirando: mas aunque le imite, se dice *hacerle* á causa de que no trabaja sobre el dibujo picado. En el segundo, se hallará seguro y fijo sobre el cilindro en donde estará el dibujo.

5. El encage se compone de agujeritos, mallas ó puntos de una forma determinada y de flores que se dibujan con hilo muy grueso y laso sobre estas mallas ó red; los primeros se obtienen cruzando hilos muy finos, y las otras pasando y repasando hilos muy gruesos entre los puntos, siguiendo cualquiera dibujo dado. Esto á la verdad se percibe con solo mirar un encage; pero si por una parte dichos hilos finos cruzados, y por otra los mas gruesos entrelazados no se sostuviesen unos y otros con puntos de apoyo que les aseguren, aquellos se entremezclarían sin ninguna forma regular, y estos completarian el desórden. Así cada punto de red ó malla, y cada hilo deberá encontrar un punto de apoyo, para lo cual servirán los alfileres; mas como estos no pueden llenar este objeto, sino en tanto que se les encuentre clavados segun un órden regular y constante, es preciso que este órden le hallen en los agujeros del dibujo colocados con mucha simetría sobre líneas diagonales, como la red, y en los otros agujeros dispuestos á lo largo de las flores, para señalar el sitio en que han de asegurarse los hilos.

Dichas circunstancias nos manifiestan la necesidad de un dibujo que sirva de modelo, y nos indican la forma de este; entonces será el tal modelo la imagen perfecta del encage, el cual deberá representar con exactitud aquella imagen, cuando no se tienen dibujos picados.

6. A este efecto, si se quiere imitar rigurosamente un encage determinado, se le fijará colocándole bien derecho y estirado sobre el pergamino que cubre el cilindro; para lo cual se le clavará con alfileres de trecho en trecho á las dos orillas. De estas dos orillas la una es la *puntilla* del encage ú *orilla* propiamente dicha, y se llama el *pié*, y la otra guarnecida de unos lacitos unidos á un hilo laso, es una especie de puntilla y se llama la *corona*. También se fijan alfileres en los puntos del encage en la parte en que se principia y en que se acaba de asegurar. Despues se toma una aguja semejante á un punzon, ó mas bien un punzon, y con él se pica en todos los agujeros del encage, teniendo cuidado de no picar en medio de las flores, y aunque en lugar de encage se haya puesto sobre el pergamino un dibujo picado, se hará la misma operacion. Cúidese tambien cuando se adelante la labor del encage, de volver á picar paralelamente á los últimos agujeritos, y para no esponerse tanto á equivocarse, se procurará rodear todo el cilindro.

7. Luego que ya esté picado el dibujo, se quita el modelo, y se llenarán con tinta todas las partes no picadas, no perdiendo de vista dicho modelo para trazar las flores bien iguales.

Despues se devana hilo muy fino sobre un gran número de bolillos, haciendo á cada uno un nudo escurridizo, para coger ó soltar el hilo cuando se quiera, é igualmente se devanará hilo laso, que tambien se llama de *Colonia* ó de *Flandes*, sobre bolillos en número de diez á quince veces menor que el de los primeros, haciéndolos asimismo nudo escurridizo, y atándolos de dos en dos con otro nudo ordinario, porque tanto este nudo como el cabo de hilo que cuelga despues de él no permanecen luego. Esta preparacion del hilo laso solo es relativa á las flores; mas cuando se hace punto que se llama de *Alenzon* y de *Inglatera*, ó encage que dicen de *Valenciennes*, no se necesita preparar este último hilo.

8. Hechas estas preparaciones, se contarán los agujeros del dibujo, y por el número de ellos se ha de calcular el de bolillos. Si se hace el encage nombrado *puntas de París*, se necesitan ocho bolillos por cada agujero; diez y seis si se trata del encage de *Valenciennes*, y para el punto de *Bruselas* solos cuatro, cuyo número se emplea tambien para el punto de



Inglaterra y generalmente para los demás. Se aseguran con un nudo grueso hecho de todos los hilos reunidos, doce á diez y seis bolillos, por medio de un alfiler gordo, que se clavará en un agujero por detrás de la serie de agujeros, sobre la cual se quiere comenzar el punto; maniobra que es preciso repetir de trecho en trecho por todo el ancho del dibujo. A medida que se vayan ordenando los bolillos, se comenzará á hacer el punto del modo que explicaré bien pronto, trabajando siempre sobre la línea diagonal en que se halla colocado cada agujero. No hay que desanimarse por la desigualdad de las primeras filas de puntos, ni tampoco por no hacer las flores que se hallen al paso, porque estas primeras filas de puntos se cortan cuando la obra esté adelantada (1).

9. El término de los agujeros hácia la izquierda es la orilla ó el pié del encage, y el último agujero no llevará mas que dos bolillos. Luego que concluida la línea diagonal de puntos se ha llegado al último agujerito que termina el ángulo del tejido, se cogen entonces los dos bolillos que quedan y se cambian; es decir, se pasan unos sobre otros despues de haber retorcido el hilo una vez con dos de los bolillos del último agujero. Cámbiaseles otra vez alternativamente, de manera que los bolillos de la derecha pasen á la izquierda y viceversa ó al revés. En medio de dichos bolillos se planta un alfiler, y en seguida los dos primeros bolillos que se han cambiado parten á cambiarse por detrás nuevamente con los dos postreros del último agujero en que se ha fijado el alfiler, y esto se llama un *medio-punto*. En este caso los dos bolillos primeros se hallan los últimos; y dejándolos detrás á la izquierda, se cambian los que eran postreros con los otros dos que se encuentran á la derecha del alfiler, el cual se halla redoblado, y así se forma el agujerito que aparece entre dos presillas al pié de los encages.

10. La *corona* es aun mas fácil, porque se compone de un hilo laso, cuatro hilos finos, y luego otro hilo laso, al que siguen otros dos hilos finos. En llegando al último agujero cerca del primer hilo laso y á derecha de la ori-

lla, cuando ya se habrá recorrido todo ó mucha parte del dibujo haciendo el punto, se pasan los dos bolillos de este último agujero, primero debajo del hilo laso, pero sin cambiar, y luego cambiando, debajo de los cuatro hilos finos sin retorcer, como cuando se teje una tela. Luego se pasará debajo del otro hilo laso; se apretará un poco, se cambiarán los bolillos segun parezca, y pasándolos entre los dos últimos; y formando un lacito al rededor del alfiler, se clavará este en el último agujero de la fila de la derecha, y en seguida se colocará el paquete de estos bolillos encima de un alfiler gordo. Despues se continuará trabajando en medio del dibujo del modo siguiente: luego que al comenzar se han colocado los bolillos á lo alto del dibujo, y que se han separado los ocho primeros con dos alfileres, se echa el segundo sobre el primero, y el cuarto sobre el tercero: vuélvese á comenzar, poniendo el segundo sobre el primero, y el cuarto sobre el tercero, lo cual continuado por el espacio que se quiera, formará lo que llama *una tira á ocho*: aun esta no seria mas que á dos, si en lugar de emplearse los bolillos dos á dos, no se hubiesen empleado mas que uno á uno. Es necesario advertir: 1.º que los números 1, 2, 3, 4, representan cada uno dos bolillos contiguos en la tira de á ocho: 2.º que en cada mudanza ó cambio no señalan dichos números 1, 2, 3, 4, los mismos bolillos, sino que en cualquier posicion en que se hallen, el número 1 siempre designa el que está mas á la izquierda, el 2 siempre al que le sigue, el 3 al que sigue á este 2, y así sucesivamente, yendo de izquierda á derecha; y cuando se trabaja de derecha á izquierda, 1, designa siempre el que está mas á la derecha, 2, el que le sigue, y así sucesivamente partiendo de derecha á izquierda.

11. Cuando ya estén concluidas todas las *tiradas* y tengan una misma longitud, se estirarán vertical y paralelamente las unas á las otras, y se clavará un alfiler en el ángulo que forman los hilos á la estremidad de cada una, dejando los bolillos 1 y 2 á la derecha, y los bolillos 3 y 4 á la izquierda del alfiler que los tiene separados. Hay muchas maneras de asegurar las tiras, ó bien haciendo un nudo ordinario con los hilos ó bolillos 1, 2, 3 y 4, ó bien un *punto-echado*, (mas adelante diremos como se hace) ó en fin un *punto-comun* ú ordinario. Cuando se hace la tirada, si se la toma en un sentido opuesto de derecha á izquierda, y se dejan dos bolillos que sirvan para rodear los alfileres, se ejecutará entonces el punto ordinario ó comun.

(Se continuará.)

(1) Todas las especies de encages se comienzan de la misma manera, y yo me propongo hablar sucesivamente de todas, exceptuando únicamente la de *Valenciennes* y el punto inglés, porque á pesar de las mas continuadas investigaciones no he tenido la fortuna de reunir todos los datos necesarios para describirlas con puntualidad. El diccionario de artes y manufacturas de la Enciclopedia metódica, obra por mil títulos estimable, no contiene mas que los nombres de algunos géneros de *punto-encage*, contentándose con añadir á la nomenclatura seca el producto de esta industria en los diferentes paises en que se cultiva.



## LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

*Doña Robustiana Armiño de Cuesta.***Contra Pereza Diligencia.**

## SEGUNDA PARTE.

## II.

## EL ROBO.

O my ducats!  
Justice! The lavo! my ducats!  
*Shakespeare.*

El histerismo de Magdalena y el dolor del hígado de Mr. de Chateau-fort, tenían como había sospechado Silvina, muchos puntos de afinidad, y no eran en realidad otra cosa que un estado de exasperación producido por el mal humor de los vetustos amantes.

Chateau-fort espoleado por la idea del reprimimiento que notaba en la Bonmarché, celoso como un tigre, aunque sin quererlo confesar á sí mismo, porque como hemos dicho antes, Ascanio parecía cada día mas indiferente, mas frío, para con la señora como él la llamaba, no pudo disimular su despecho y estalló en amargas quejas contra la Bonmarché que se rebeló como un tigre furioso, gritó, lloró, protestó de la esclavitud en que vivía y concluyó con la jaculatoria acostumbrada, de que iba en aquel momento á dejar la casa.

Por muy gastado que estuviese ya aquel sorteo, siempre producía un efecto rápido y reaccionario en el ánimo de Chateau-fort, que á la idea de perder á Magdalena despues de 14 años, sentía deponer su enojo, se arrepentía de sus palabras y concluía rogándola que no le abandonase en un estado tan triste y valetudinario.

—Sí, sí, exclamaba la Bonmarché con altanería, vos quereis que me quede por egoismo, porque nadie os ama, porque nadie os prodiga los cuidados que la pobre Magdalena, porque nadie sino yo y el paciente Palmerolles se resignaria á aguantar vuestro insoportable quejido, por....

—Sí, sí, amiga mia, respondió humildemente Chateau-fort, teneis razon, pero.... ¡tened piedad de mí!

—Ya olvidais de lo que hubiera crecido mi

fortuna si cerrando el oído á vuestras necedades, hubiera entrado á educar las hijas del conde de Fernandina, las del marqués de Aca-pulco, las....

—Sí, sí, teneis razon, soy un ingrato, un imbécil.... todo lo que querais....

Y viendo que la Bonmarché parecía resuelta á llevar á cabo su resolución, se arrojó á sus piés como hubiera podido hacerlo un pollo imberbe, y á fuerza de ofertas y concesiones logró retener de nuevo á la que nunca había pensado en abandonar el rico filon que tan hábilmente explotaba.

Chateau-fort se habia quejado durante todo aquel día de su dolor del hígado, y Magdalena hacia coro con su histerismo, encerrándose en su cuarto por la tarde, sin querer recibir ni al mismo Chateau-fort, que iba cada cinco minutos á informarse del estado de su salud.

Por fin, á la caída de la tarde el propietario hizo ensillar un caballo tan soberbio como veloz, y envió al criado de Palmerolles á la Habana con una carta para el comerciante de mas nombradía en esa inmensa clase de lindísimas bagatelas que conocemos con el nombre de «bisutería».

Acostumbrado Ascanio á ser el íntimo confidente, el fiel mensajero de su señor, no pudo menos de sorprenderse al ver que se habia echado mano de un criado extraño para una misión que debia ser muy importante cuando no se habia querido confiar á ninguno de los dependientes del ingenio.

—Ah! ah! murmuró con una sonrisa sarcástica que dejó ver en la oscuridad sus dos filas de dientes blancos como el marfil; aquí se trata de la señora, y el amo tiene celos; pero ¿cómo habré tenido tan poca habilidad para ocultar mi amor?... por otra parte ¿será que Magdalena lleve su infamia hasta burlarse de mi cariño?... no.... no.... imposible!

Y Ascanio se encaminó de puntillas á la habitación de Magdalena, á la que llamó con la señal de costumbre.

Magdalena que sentía ir y venir las groseras pisadas del plantador, empezó á temblar y se esforzó en gritar con acento de mal humor.

—¡Idos en paz! vuestro amo estará sin duda en su cuarto, buscadle allí.

Ascanio comprendió que debia retirarse y se volvió á su camaranchon, donde se tendió en una estera, devanándose los sesos en adivinar qué misterio encerraria aquel mensaje.

El propietario que continuaba paseándose por la galería baja, solo entró en su cuarto cuando llegó Palmerolles que venia de dejar á



Laura á la entrada del salon del baile.

Sea casualidad ó cálculo ni el plantador ni su cagero hablaron una palabra acerca del mensaje y Ascanio escuchó en vano hasta las once, hora en que Palmerolles regresó aquella noche á su casa en compañía de Laura y escoltados por algunos esclavos de confianza, capitaneados por el mismo Ascanio.

Aunque devorado por la curiosidad, Ascanio no hizo á Palmerolles ni á su hija la mas leve pregunta. Palmerolles era el primer criado de Chateau-fort y no podia comprometer el secreto de su amo, sin comprometer al mismo tiempo la posicion y bienestar de su familia.

Ascanio volvió tarde con sus negros, y veló toda la noche con inquietud; el ingenio continuaba tranquilo.

La noche se le hizo al mulato larga y pesada como un año de angustia, y apenas brilló el primer rayo de la aurora su primer cuidado fué ir á revisar las caballerizas. Entonces respiró. Bucéfalo no habia vuelto todavía, y á la luz del sol, era muy difícil que Ascanio no penetrase el secreto por muy hábil que fuese el mensajero.

El mulato se cansó de esperar; Palmerolles llegó á eso de las diez y entró en el despacho como de costumbre.

Una hora despues su criado trajo de la rienda á Bucéfalo y lo entregó á Ascanio que le aguardaba á la puerta del ingenio. Ascanio le pasó la mano por las crines; pero Bucéfalo en lugar de estar sudando estaba frio como un caballo descansado. Ascanio ofreció al palafrenero un hermoso y perfumado cigarro de regalía, pero el criado contestó impasible á sus reiteradas preguntas, que solo habia ido á la Habana á llevar una carta de negocios á casa de un comerciante inglés.

Ascanio no volvió á preguntar y se retiró conduciendo á Bucéfalo con una sonrisa tan sarcástica como amenazadora.

—¡Ah ¡ah! murmuraba durante su camino... y creen engañarme! ¡y se engañan á sí mismos!

Desde aquel momento Ascanio se puso en guardia y espío al plantador con una tenacidad sin ejemplo.

A cosa de medio dia su amo le encargó que fuese á Puerto-Escondido con algunos negros en busca de unos fardos de mercancías y Ascanio salió al instante saliendo tambien poco despues Palmerolles á recorrer algunas obras del ingenio. Chateau-fort quedó completamente solo.

Entonces cerró cuidadosamente la puerta de su despacho y sacando del tirador de su bufete una cajita de terciopelo cuidadosamente

envuelta en papel de seda, tocó el resorte y la abrió poniéndose sus gafas de oro para ver mejor la perfeccion con que estaba ejecutada la obra.

Era un gentil y gracioso aderezo de oro esmaltado que se componia de solas tres piezas. Los pendientes que eran dos lindísimos pensamientos y un alfiler de pecho que era tambien un pensamiento mayor que los demás.

—¡Bien! ¡muy bien! murmuró á media voz examinando minuciosamente el esmalte, esta es siempre la mejor arma para disipar el mal humor de una mujer.

En seguida pasó al comedor donde almorzó en compañía de Magdalena y Silvina y volviendo á encerrarse en su cuarto empezó á ocuparse en arreglar su tocador con una exajeracion que hubiera hecho honor al mas derretido romántico.

Despues de arreglar lo mejor que pudo sus escasos cabellos grises, Chateau-fort se puso el traje de ceremonia, algo pasado ya de moda, pechera guarnecida de encaje, y aristocrática corbata blanca. Perfumado con los mas esquisitos aromas de la India olvidándose por un momento de su cruel enfermedad, el plantador se miró repetidas veces en un espejo de talle entero, haciendo jugar los cambiantes de la luz sobre los gruesos brillantes de su pecho y la nube de pedrería que cubria sus dedos pálidos y descarnados.

Chateau-fort naturalmente pálido, estaba entonces en un estado de agitacion que prestaba un colorido febril á sus pálidas mejillas y á sus cansados párpados.

Escondiendo en lo mas íntimo de su corazon los rabiosos celos que por instinto le inspiraba el mulato; temblando ante aquel atleta que podia aniquilarle de un soplo, y cuya fidelidad y ferocidad conocia, el propietario sintió que la hiel le ahogaba y sin tener en cuenta los prudentes temores que le habian contenido hasta entonces, se gozó en ocultar á Ascanio el presente que iba á hacer á Magdalena, retirándole así bruscamente su confianza y cerrando los ojos á las consecuencias de tamaña imprudencia, tratándose de un valiente de seis pies, íntimo confidente hasta entonces de todos los caprichos de su señor.

Despues de haberse mirado repetidas veces al espejo con marcada satisfaccion, el plantador abrió con una diminuta llavecita el tirador secreto de su bufete y hundió en él la mano para sacar la cajita de terciopelo tan cuidadosamente guardada. La cajita habia desaparecido.

Furioso como un tigre, inyectados los ojos de sangre y queriendo salirse de las órbitas,



Chateau-fort prorumpió en las mas horribles blasfemias, recorrió hasta los mas ocultos rincones del caramanchon, desarrepló todos los papeles, los códigos de comercio, los baules y hasta los colchones de su cama, que arrojó en desórden en medio de su cuarto. Nada, todas sus pesquisas fueron completamente inútiles.

Entonces con el ímpetu del mar que se desborda, salió por los pasillos, gritando con un acento que hizo temblar á las esclavas.

—¡Ascanio! ¡Záfiro!

Las negras asustadas salieron á su encuentro inclinándose hasta el suelo.

—¡Ascanio! ¡Záfiro! repitió Chateau-fort con voz de trueno.

—¿Se ha olvidado ya su Melsé de que los ha enviado á Puerto-Escondido? preguntó María Antonia que acababa de acudir á los fuertes y desaforados gritos de su amo.

—¡Ah!.... ¡y es verdad! murmuró el propietario pasándose la mano por la frente cubierta de sudor; ¡joye...! ¡María Antonia! Haz retirar á estas imbéciles y sígueme.

Las negras se volvieron á las habitaciones de la Niña.

Chateau-fort condujo á María Antonia hasta su despacho.

—María Antonia, le dijo con una voz entrecortada por la cólera; tú eres la madre de mi hija y tengo en tí una completa confianza.

La negra se inclinó dejando ver una sonrisa de satisfaccion.

—Aquí se ha cometido un robo, añadió Chateau-fort con voz terrible.

—¡Un robo! exclamó la nodriza estremeciéndose de pies á cabeza al pensar en el castigo que aguardaba al culpable.

—Sí! un robo inaudito, inesplicable, porque fué aquí en mi mismo cuarto, bajo esta llave... y es preciso que tú que posees la confianza de todos los esclavos del ingenio, descubras al culpable.

—Yo, señor! exclamó la negra aterrada.

—Sí! tú!... y cuenta con que no te doy de término mas que el tiempo que tarden mis esclavos el volver de Puerto-Escondido. Si entonces no has descubierto al ladron, os haré poner á todos en fila y.... parecerá, no lo dudes.

—Ah! señor! exclamó María Antonia con los cabellos erizados de terror y cayendo á los pies de su amo; su Melsé no me obligará á entregarle un infeliz esclavo que me acusaria siempre delante de Dios del castigo que mereciera. Su Melsé buscará otra esclava mas hábil.... mas....

—No! no! tú posees como ninguna el cariño de los esclavos, á tí te revelarán secretos

que no querrian descubrir á sus madres.... ¡María Antonia! añadió sugetándola brutalmente por las manos, ¡silencio! ¡Si este secreto se sospecha en el ingenio, te hago desollar viva al lado del ladron!

La negra se alejó temblando y llorando á la vez, no sabiendo que inventar para que su turbacion no causase estrañeza á las demás personas del ingenio.

Cuando entró en las habitaciones de la Niña, Magdalena bordaba al lado de Silvina, y las esclavas habian vuelto á sus ocupaciones; María de Jesus habia obtenido la preferencia de trabajar á la entrada del gabinete por hallarse dedicada esclusivamente á bordar la ropa blanca de su señora.

Cuando María Antonia entró, Magdalena le preguntó con serenidad la causa de aquella tormenta inesperada.

La negra tomó el partido mas prudente encogiéndose de hombros y haciendo un gesto particular que nada significaba.

Silvina reparando en las lágrimas de María Antonia, repitió la misma pregunta.

—¿Qué quiere su Melsé que le diga yo á la Niña? El señor amo ha llamado al señor Ascanio y á Záfiro sin acordarse de que los ha enviado á Puerto-Escondido... y como su Melsé ha gritado tan fuerte... yo... yo...

—Vamos, siéntate aquí, á mis pies, respondió Silvina sonriendo.... tú pobre nodriza, crees siempre que mi padre levanta el látigo tan alto como la voz?... ¿no es eso?

—Eso, eso, Niña.... repuso la negra acurucándose á sus pies y experimentando una especie de calofrio.

María de Jesus asomó su linda cabeza hacia el interior del gabinete, fijando en la nodriza sus hermosos ojos que volvió á dirigir al instante sobre el bordado.

Chateau-fort que escuchaba en la galería se retiró entonces, corriendo á los talleres donde debia encontrar á Palmerolles.

El cajero quedó espantado al ver la furia que espresaban las facciones de Chateau-fort, que apenas podia respirar de ira.

—¿Pero qué sucede? le preguntó separándose algunos pasos de la puerta de los talleres?

Chateau-fort le refirió vomitando mil improperios el robo que acababa de verificarse, ofreciendo castigar al culpable de un modo terrible para saludable escarmiento del ingenio.

—¿Y parecerá? preguntó tranquilamente Palmerolles.

—¡Oh! ¡sí! he tomado bien mis medidas, he amedrentado á la nodriza, para que no se atreva á encubrir á sus hermanas y luego que



Ascanio vuelva de Puerto-Escondido, le haré confesar... le prometeré... le daré... y hablará.

—¿Pero qué quereis que os diga si el robo ha sido hecho en su ausencia.

—¡Es verdad, pero hablará!

El catalan se encogió de hombros.

—¿Es decir que no creéis que hable? le preguntó Chateau-fort irritándose mas y mas...

Es decir que creo imposible que pueda decirnos nada.

—¿Y Záfiro?

—Lo mismo por las mismas causas: respondió Palmerolles, apurando tranquilamente su cigarro.

—¿Es decir que quereis me cruce de brazos y me deje robar cándidamente por estos ladrones?

—¿Qué quereis que os diga? ¿Estais seguro de que cuando yo me separé de vos estaba allí el aderezo?

—Y tan seguro que apenas salisteis vos cerré por dentro la puerta y lo saqué para mirarle de nuevo.

—Pues bien; desde entonces no se ha separado de los talleres ningun esclavo... en el piso principal, habeis estado solo, completamente solo.

—Y podeis vos en conciencia, responder de que ningun villano ha subido la escalera principal?

—Os lo juro, dijo Palmerolles poniendo la mano sobre el corazon.

—¡Ah! ¡ah! murmuró el plantador rechinando los dientes... todo se conjura para ocultar el crimen!... ¡pero no!... añadió como recordando, hoy seré yo mismo el inquisidor, el juez... el verdugo... ¡miserables!!

—¡Silencio! añadió volviéndose hacia Palmerolles ¡silencio!... os vá en ello... la vida! añadió ciego de cólera y creyendo que hablaba con el último de sus esclavos.

Palmerolles le dirigió una mirada de compasion que tenia mucho de humillante y continuó fumando, en tanto que Chateau-fort, se encaminaba á la puerta principal del ingenio para que no se permitiese salir á nadie.

### III.

MARIA DE JESUS.

I have seen the morning with gold the  
hills adorning,  
And the red storm roaring before the  
close of day!

W. S.

Nunca habian tardado tanto los negros en volver de Puerto-Escondido, y Chateau-fort, cada vez mas loco, trataba en vano de entrete-

ABRIL.

ner el tiempo dando largos paseos desde los talleres á la puerta principal que no perdía un momento de vista.

De vez en cuando lanzaba un horrible quejido arrancado por su cruel dolor y continuaba su paseo haciéndosele cada minuto un siglo de espera.

Ascanio era hacia ya largo tiempo no solo el confidente mas íntimo del amo, sino una especie de capataz superior, al que todos los negros amaban y respetaban mas que al mismo propietario.

Ascanio habia adquirido sobre los esclavos un ascendiente tan poderoso, que á su voz aquella masa de hombres se encendia, se calmaba, se plegaba por decirlo así, como una máquina bajo los dedos del inventor que mueve á su antojo las ruedas y resortes desconocidos para los demás.

Por eso aguardaba Chateau-fort con tanto anhelo su llegada; el mulato era el único que podia descubrir el robo, porque era el único á quien todos los esclavos amaban con igual delirio. Despues del ascendiente de Ascanio estaba el de la nodriza, alma generosa siempre, interpuesta entre el látigo y la víctima.

Cansado Chateau-fort de aguardar, recordó que aun le faltaba ganar á otra persona, y metiendo en el bolsillo la llave de la puerta principal, se encaminó á la habitacion de Silvina en busca de la Bonmarché.

Al verle entrar encendido todavía por la cólera que se esforzaba en dominar, la pobre nodriza creyó llegado el momento del castigo y cayó de rodillas á los piés del plantador, juntando las manos en ademán suplicante.

Silvina asustada miraba alternativamente á su padre y á la nodriza, cuyas lágrimas corrían en abundancia por sus mejillas prematuramente hundidas.

—¿Has perdido el juicio, María Antonia? dijo turbado Chateau-fort procurando encubrir su cólera con una consumada hipocresía... levántate, hija, y sígueme al jardin.

Y saludando á Silvina con una sonrisa, salió llevándose á la asustada nodriza que le seguía como un autómatas sin hablar palabra.

La Bonmarché habia vuelto á su habitacion pocos minutos antes.

Por muy preocupado que se encontrase en aquel momento Chateau-fort, no dejó de fijar los ojos al atravesar el dintel en la hermosa María de Jesus, que no osaba levantar la cabeza inclinada sobre su bordado.

—Has encontrado al ladron? preguntó Chateau-fort á María Antonia, luego que estuvieron lejos del gabinete.

—Perdon, mi amo... yo no puedo encon-



trar.... murmuró la pobre mujer juntando de nuevo las manos.

—Imbécil! exclamó su amo empujándola contra la pared.

Luego la cogió bruscamente por un brazo, y haciéndola entrar en una habitacion cercana á los talleres, echó la llave y se la guardó en el bolsillo.

Encaminóse entonces á la habitacion de Magdalena, á la que encontró regando unos tiestos de flores y tarareando un *Vaudeville*.

Como Chateau-fort conocia á fondo la codicia de la Bonmarché, quiso cortar la única rama de proteccion á que tal vez osarian acogerse los culpables.

—Magdalena! exclamó asiéndola de la mano con exaltacion; amiga mia, oh! qué infamia!

Magdalena retiró su mano con una coquetería encantadora, y dejó sobre la ventana el jarron de porcelana con que regaba las flores, fijando una mirada extraña sobre la refinada compostura del plantador.

Chateau-fort añadió con una espresion de cólera que hizo temblar á la misma Bonmarché:

—Nos han robado!

—Nos han robado? repitió Magdalena sorprendida.

—Sí.... ó por mejor decir, os han robado!

—A mí? exclamó Magdalena mirando á todos lados con inquietud.

—Sí, á vos, á vos, mi querida Magdalena; á vos, porque mis infames esclavos han osado apoderarse de un delicado presente que yo venia á ofreceros.... como una pequeña muestra de mi cariño.... Oh! se han atrevido á robaros, amada mia; pero os juro que el castigo será igual al delito.

—Infames! repitió tambien Magdalena roja de cólera.

—Os juro que el aderezo parecerá, aunque tuviese que desollar á la mitad de los esclavos del ingenio.

—Gran Dios! un aderezo! exclamó Magdalena cruzando las manos: ah! cuán generoso sois!.... y decís, señor, que parecerá?

—Sí.... el corazon me dice que parecerá.... escuchad: ese aderezo os decia todo mi amor, todo mi pensamiento explicado en tres magníficos suspiros de oro....

—Dios mio! repetia la Bonmarché medio estraviada: pero cómo le encontraremos?

—Escuchad otra vez.... Ascanio y Zafiro han salido para Puerto-Escondido con algunos esclavos en busca de fardería. Esta cuadrilla, como me ha hecho observar Palmerolles, está fuera de toda sospecha, porque el robo se ha cometido despues de su salida.

—Es verdad! murmuró Magdalena como reflexionando.

—Luego solo nos restan los esclavos que han quedado en el ingenio.

—Ah! señor, exclamó Magdalena como acometida por una idea súbita; quedan tambien los esclavos que están al servicio de la niña.

—Hum! murmuró Chateau-fort, rechazando la idea de acusar á unas pobres muchachas, cuya sencillez y fidelidad le eran bien notorias.

—Ah! no lo dudeis, ese robo solo puede haber sido hecho por un negro enamorado ó por una esclava infame y ambiciosa.... Zafiro es el único esclavo que sabe lo que es amor.... y como vos decís está fuera de toda sospecha.... ah! estoy segura de que el ladron se encuentra entre las esclavas.... sí, sí, añadió con entusiasmo, fijando su pensamiento en la hermosa y casta María de Jesus. María Antonia.... buscad á María Antonia....

—María Antonia es una imbécil ó una malvada. Antes que á vos se me ocurrió la idea de que ella encubriria al culpable, la amenacé, la rogué.... todo en vano: despues de arrojarle á mis piés llorando como una Magdalena, huí de encerrarla bajo esta llave para que no pudiese divulgarlo todo.... ¡negra, en fin!

—Ah! vos no sabeis, señor, lo que son las mujeres.... dejadme á mí....

Y la Bonmarché se dispuso á salir tomando la llave de manos de Chateau-fort que la retuvo.

—Vos sois, Magdalena, la que ignorais lo que es María Antonia cuando se trata de los esclavos.... estoy seguro de que se dejaria dar de latigazos antes que descubrir al ladron.

—Ah! el oro! el oro!

—Os engañais, amiga mia; María Antonia es inaccesible al oro como á cualquiera otro medio de seduccion y....

Chateau-fort se mordió los labios apenas hubo pronunciado aquellas palabras que herian de frente á la Bonmarché; pero la francesa sostuvo el choque con una sonrisa que revelaba su práctica en la difícil escuela del mundo.

En aquel momento agitaron fuertemente el cordon de la campanilla.

—Quién va? preguntó Chateau-fort con voz airada.

—Yo: respondió secamente Palmerolles sin dignarse dar el recado desde afuera.

—Ah! sois vos? dijo Magdalena tomando de nuevo el jarron de porcelana para continuar regando las flores; sentaos.

Palmerolles hizo un ligero saludo y pidió á Chateau-fort la llave de la puerta principal.

—Vamos, vamos, respondió Chateau-fort sa-

liendo co  
al fin?

—Ha

os aguan

—Gra

rio cami

Apen

hizo det

Palmero

en segui

con él en

—Asc

fijament

fascina;

preciso

—Yo?

mirada f

—Tú,

merolles

á fondo

maña au

esta mag

tillo? yo

Ascan

piendo e

bierta su

—Ah!

do fuego

—¿Per

hemos es

que se ha

lamente

Zafiro est

—Ah!

do los die

te antes

—Bien

fin; es de

ladron....

tó salien

ciendo se

Palmerol

y guardad

Palmer

dos con la

—Asca

esclavos v

puloso re

rolles, po

que me a

en vos co

El cata

miento, p

ciesen aqu

taba en ef

aquel enig

Ascanio

más esclav



liendo con Palmerolles sin despedirse; son ellos al fin?

—Hace ya mas de un cuarto de hora que os aguardan.

—Gracias á Dios! murmuraba el propietario caminando con la rapidez de un ave.

Apenas abrió la puerta por su propia mano, hizo detener á toda la cuadrilla, encargando á Palmerolles que no se separase de la puerta; en seguida hizo entrar á Ascanio, internándose con él en una de las galerías bajas.

—Ascanio, le dijo con seriedad y mirándole fijamente como la serpiente mira al pájaro que fascina; aquí se ha cometido un robo... y es preciso que tú me entregues al ladrón.

—Yo? exclamó Ascanio fijando en él una mirada fria y serena.

—Tú, tú eres para los negros mas que Palmerolles, mas que yo mismo: tú debes conocer á fondo quien puede haber sido capaz de tanta audacia.... habla, Ascanio, habla. ¿Ves esta magnífica cadena de oro trabajada al martillo? yo te la doy en cambio del culpable.

Ascanio se encogió de hombros, prorumpiendo en una risa convulsiva que dejó descubierta su fina y ebúrnea dentadura.

—Ah! te burlas? exclamó Chateau-fort echando fuego por los ojos.

—¿Pero no reflexiona su melsé que nosotros hemos estado en Puerto-Escondido en tanto que se ha cometido el robo? respondió tranquilamente el mulato, envolviendo la idea de que Zafiro estaba en el mismo caso que él.

—Ah! ah! murmuró Chateau-fort rechinando los dientes y pasándose la mano por la frente antes de resolver nada.

—Bien, muy bien, señor Ascanio, dijo al fin; es decir que estoy solo para descubrir al ladrón.... pero le descubriré. Palmerolles! gritó saliendo hácia la entrada del patio y haciendo seña á Ascanio para que le precediese. Palmerolles, haced entrar á toda la cuadrilla y guardaos la llave de la puerta principal.

Palmerolles hizo entrar á los negros cargados con la fardería hasta donde estaba su amo.

—Ascanio, dijo este con energía; todos los esclavos van á sufrir en mi presencia un escrupuloso registro.... preparaos.... y vos, Palmerolles, por mi honor, por el vuestro, es preciso que me ayudeis en esta empresa, "porque solo en vos confío," añadió con marcada intencion.

El catalán se inclinó en señal de asentimiento, pues por muy enojosas que le pareciesen aquellas investigaciones, su honor estaba en efecto interesado en que se aclarase aquel enigma que parecia inesplicable.

Ascanio se encogió de hombros, y los demás esclavos que no sabian de qué se trataba,

se miraban unos á otros con una sorpresa mezclada de terror.

—Palmerolles, gritó de nuevo el plantador, haced venir á todos los esclavos del ingenio.... á todos, entendeis?

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

## CRONICA LOCAL.

Ha terminado la cuaresma, y con la Pascua que hoy comienza se abren definitivamente los teatros despues de su interinidad cuaresmal. Durante ella se han ejecutado algunas funciones, pero en Cádiz es sabido que la gran mayoría de los habituales concurrentes á los coliseos se retraen de ir á ellos en la citada época, siendo mas poderosa, segun por lo general acontece, la costumbre que la ley.

El Principal ha publicado ya á esta fecha la lista de su compañía lírico-dramática, de la que hacen parte las señoritas Ramirez y Hernandez, bien así como el aventajado jóven Sr. Sanchez Albarran, en calidad de primer actor y director de escena. Se nos anuncian algunas zarzuelas nuevas, y todo hace esperar que no ha de pasarse mal la temporada.

El Balon también parece que ha formado compañía promiscua, que hará á pluma y á pelo. Dícnos que no se ha escriturado la Adela Alvarez, y á fé que se la ha de echar mucho de menos. En fin, hasta que de un modo mas oficial no nos conste lo que allí se prepara, nada podemos decir, ni con mayor razon vaticinar del éxito que espera á las nuevas compañías en aquel coliseo.

Mientras llega la oportunidad de que á las tales les toque su vez en nuestros artículos, diremos algo de los últimos dias de la recién fenecida cuaresma.

Grandísima, extraordinaria, sin ejemplo puede decirse, ha sido la concurrencia en los templos; en especial durante la Semana Santa. Los postreros tríduos y quinaros han hecho salir de madre á la poblacion entera; pero aun confesando como confesamos que el gentío ha sido mas numeroso que de costumbre, con ser mucho el de los anteriores años, todavia existe y podemos señalar otra causa al fenómeno de rebosar la gente por las puertas de todas las iglesias sin escepcion, obstruyéndose muchas veces hasta el tránsito de la calle. Esta causa es puramente material y física: es el ahuecador, ese estravagante capricho de la moda mas insensata que han visto las generaciones, esa enorme amazon, dura, rígida, tiesa, in-



comprimible y agresiva, cuyas primeras materias son la empleita, la ballena y el hierro. Cada muger es de cintura abajo un galápago, segun la resistencia que ofrecen sus ampulosas enaguas, exageradas de los figurines de donde las toman; y desgraciado del transeunte con quien choquen en estrecho camino, porque sin remedio le aplastan contra la pared, por mas que invoque entre alaridos la intervencion de los municipales y el auxilio de la guardia civil.

Dedúcese de aquí que si se hiciera el cómputo de las mugeres que llenan una iglesia, resultaria que sus personas ocupaban cuando mas una cuarta parte de la cabida, y las otras tres lo estaban por sus ahuecadores. Así se explica y se comprende el hecho de que antes habíamos.

Este año, como el anterior, ha sido escaso en procesiones. Una no mas para muestra, y esa á las dos de la madrugada.

Verdad es que esta es planta que no se ha aclimatado sino imperfectamente en Cádiz, acaso porque es opinion de muchos que las sagradas imágenes están en sus templos harto mejor que en las calles en medio de la noche, donde han de ser forzosas las irreverencias y hasta los desacatos mas feos; porque seria absurdo el suponer que todos cuantos van á ver las procesiones lo hacen por un espíritu de devocion sincera. Gracias cuando solo los lleva una mera curiosidad.

Capítulo de otra cosa. El dia aniversario de aquel en que falleció nuestro anterior dignísimo prelado D. Fray Domingo de Silos Moreno, de grata memoria, se inauguró la estatua en bronce que le representa, y que ha sido colocada delante de la puerta principal del grandioso templo, dado por él al culto del Señor. Esto ha sido una circunstancia mas que ha hecho conocer la necesidad imperiosa de que se forme allí una plaza tal como conviene á la magestad de la catedral de Cádiz; porque aquel sitio desdice de la cultura de nuestra poblacion, de su gusto artístico, y de su proverbial religiosidad. Aquellos fementidos casucos, dignos solo de la Mirandilla, aquella mezquinísima é irregular plazoleta, aquellas sucias, estrechas y lóbregas callejuelas que en ella desembocan, todo esto es una inconcebible anomalía en una poblacion como Cádiz y lo que es mas, ante su catedral, lá que muy en breve ostentará su fachada concluida, una vez que la segunda de sus torres toca á su término.

Sabemos que la empresa no es fácil, porque habrá que hacer derribos de consideracion, habrá que espropiar edificios en los que se han practicado obras recientes que elevan su pre-

cio, habrá en fin que regularizar el terreno para que forme una plaza de buen aspecto, habrá que mejorar el exterior de las casas que queden en ella; y ya se concibe lo que todo ello ha de costar de tiempo y de dinero; pero lo que no se emprende no se termina, y cuando se principia por arredrarse ante las dificultades, es que falta la fe y la perseverancia que al cabo las vencen.

Lo que una y otra pueden nos lo está diciendo esa misma catedral, cuya continuacion y término se tuvo por un sueño durante muchos años.

Confiamos en que nuestro digno Ayuntamiento, de cuyo celo, laboriosidad y espíritu emprendedor nos está dando tantas pruebas, se ocupará, si es que ya no se ha ocupado, de discurrir los medios para llevar á cabo un pensamiento de tan indispensable urgencia.

Y ahora que de la catedral hablamos, diremos lo que de notoriedad se sabe acerca de las importantes y notabilísimas mejoras que en ella se preparan.

Asegúrase que se halla en construccion la hermosa reja del coro, no menos que la crugia que desde él ha de partir hasta el presbiterio, y que se hace forzosa para evitar que los celebrantes, en el continuo paso que las ceremonias exigen, tengan que andar saltando sobre los vestidos y hasta sobre los cuerpos de las mugeres que obstruyen, y á veces cierran herméticamente el tránsito.

Hemos tenido ocasion de ver el dibujo de esta reja y de esta crugia, el cual ha tiempo fué aprobado por la Academia de Bellas Artes. Es obra la primera de esquisito gusto y de primoroso trabajo. La segunda es sencilla y esbelta, como conviene al uso á que se destina.

Háse hablado mucho estos últimos dias acerca de la concesion hecha por el gobierno supremo á esta iglesia de la magnífica sillería del monasterio de Santa Maria de las Cuevas, vulgo Cartuja de Sevilla, y de las reclamaciones á que semejante concesion ha dado lugar.

Tratándose, como se trata, de una resolucion gubernativa, á nuestro periódico nunca le seria dado tomar parte en esta polémica, pero aun cuando las condiciones de nuestra publicacion se lo permitiesen, la rehuiríamos, porque en nuestro entender la oposicion que se muestra en Sevilla, mas que una disputa de legalidad, es una cuestion de sentimiento.

Seamos francos. A ser nosotros sevillanos no veríamos sin dolor que esa admirable sillería, esa que los inteligentes, al decir del malogrado joven D. Juan Colom, prefieren á la magnífica de aquella catedral; que esa preciosa joya artistica fuese á otra parte, siquiera esa

parte fué do que despoja coloquese prest un sacr

Ter trabaja de S. A ter, y ta mas pri

Aunq ses ha, nuestro quien h el Ayun obra. La la mitad tad no s una sus

Cuan ocupare

La me una cole queta en una cole

Si des guntar á

Es un be comp tónicas d jo las tú quillas.

Qué lin y hueco! dispensab la casa Co

gua esté co. Lo p les, que M con tanta

El cors que da te embellece cioso, en do y natu mirlo.

Volvan Un trap por mejor da, cubier



parte fuera la catedral de Cádiz. ¿El aficionado que tiene un buen cuadro en su casa, no se despoja de él sin pena, aunque sea para que se coloque en un altar? La reflexion hará que se preste á ello, pero siempre habrá de hacer un sacrificio, doloroso como todos lo son.

Terminaremos este artículo diciendo que se trabaja ya ha dias en la mejora de la fachada de S. Antonio, que á fé bien lo habia menester, y tanto mas cuanto que existe en el sitio mas principal de Cádiz.

Aunque el proyecto estaba ya concebido meses ha, acaba de darle un definitivo impulso nuestro digno alcalde el Sr. D. Pedro Víctor, quien ha utilizado la buena voluntad con que el Ayuntamiento se prestó á coadyuvar á la obra. La corporacion municipal contribuye con la mitad del gasto presupuestado; la otra mitad no se duda será cubierta fácilmente por una suscripcion voluntaria.

Cuando esté mas adelantado este trabajo nos ocuparemos de él, Dios mediante.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

## MODAS DE PARIS.

La media cuaresma nos ha proporcionado una coleccion de bailes de disfraces y de etiqueta en el gran mundo, y consiguientemente una coleccion de lindos y lujosos trages.

Si deseais saberlos no tengo mas sino preguntar á Mlle. Richards. Veamos algunos.

Es un vestido enteramente blanco. Una nube compuesta de tul, de tres sayas, con dos túnicas de tul bordado de cuentas de oro. Bajo las túnicas, ramas de corales dispuestas en quillas.

Qué lindo trage! No es cierto? Cuán follado y hueco! Con un equipage tan vaporoso es indispensable llevar un guardapiés-ahuecador de la casa Constant-Jourdran, á fin de que la enagua esté bastante abierta en forma de abanico. Lo propio decimos de los corsés naturales, que Mme. Constant-Jourdran sabe cortar con tanta gracia é inteligencia.

El corsé es una prision desde el momento que da tesura y rigidez al cuerpo, y lejos de embellecer el talle, lo hace estirado y pretencioso, en tanto que el corsé, bien comprendido y natural, sostiene el cuerpo sin comprimirlo.

Volvamos á los trages de Mlle. Richards.

Un trage de muselina de tres volantes, ó por mejor decir, una saya de muselina bordada, cubierta con una túnica de tafetan azul

celeste, con corpiño de tafetan azul, y toquilla María Antonieta de muselina bordada. La túnica está recogida por ambos lados con un grueso nudo azul. Ramo de rosas sin follage en medio de la toquilla Antonieta. Peinado con multitud de rosas. Estas lindas rosas sin hojas se llaman *Rosas de los lanceros*. La rosa de los lanceros está especialmente destinada para el adorno de baile. Con una ligera mano de polvos, este simple equipo blanco, azul y rosa tendria un cierto aire de Pompadour que sentaria muy bien á una jovencita; porque para envejecer es indispensable ser joven.

Las diademas se llevan siempre como peinados de baile. Diademas de terciopelo, de flores ó de pedrería.

Las diademas de pedrerías de colores se llevan bien con toda clase de trages.

Es el gusto puro del tiempo de Luis XV, rejuvenecido por Ch. Ménard.

No hay que decir que toda diadema exige un aderezo adecuado, ya sea aquella de pedrerías de colores, de diamantes ó de perlas finas. El collar, los pendientes, las pulseras, todo en fin, debe tener el mismo carácter que la diadema.

Los albornoces de Mme. Jourdain merecen la atencion de las lindas coquetas. Ellos tienen un estilo argelino, sin dejar de ser eminentemente parisienses. Citaré uno de cachemira blanco rodeado de una trencilla de oro y de un galon de terciopelo negro y oro. En el capuchon y en cada punta del albornoz borla negra y oro.

El forro es de raso blanco.

Pasemos á los peinados de Mme. Millery; lo cual se reduce á volver al fresco reino de las flores, del que la amable florista es una de las mas graciosas soberanas.

Hallo en primer lugar un prendido de casaca hecho de racimos de lila de invernáculo y flores de azahar abiertas.

Despues, una diadema de renúnculos rosas, con penacho blanco, alternando con ramos de lantina rosa, y una guirnalda de follage rosa, formando una segunda diadema al rededor de las flores.

Un peinado de jacintos blancos y rosa dispuestos en copetes hácia un lado, mientras que al otro caen dos plumas de jacintos, una blanca y otra rosa.

Un adorno de racimos de salvia natural, con follage que semeja á una cinta de verdura.

Un peinado de rosas de té con pensamientos de terciopelo malva y violeta, y musgo de los bosques.

Otro peinado de joven soltera hecho de margaritas de los prados, con doble bandó de fo-



llage. Sobre la enagua quillas de margaritas. Siempre quillas. Decididamente la moda abandona los volantes.

Las quillas de marabus con pajitas de oro, y las quillas de plumas montadas en forma de penacho, son del mejor tono en los trages de buches.

Nada es tan sencillo como un nudo de plumas para peinado de teatro, y nada es tampoco tan lindo. Lo propio sucede con los nudos de verdura y de flores. Es el estilo griego en toda la acepción de la palabra. Síquis así se representa peinada, y el dios del amor sabe si Síquis era bella.

Mme. Dowling se propone para la primavera colocar en algunos sombreros de elegantes damas fondos formados con follage y flores. Por ejemplo, un fondo de violetas de Parma con una capota de crespon malva, y un velillo emperatriz cayendo sobre las flores. En el interior cintas de violetas rodeando el borde del ala. Las copas hechas de flores ó de verdura tendrán un gran éxito en la estación de verano.

El baile de trages del ministerio de negocios extranjeros, que debió tener lugar en la media cuaresma, se ha trasladado al 6 de Abril. Es un aviso indirecto al mundo elegante para que continúe el carnaval, que ha sido muy corto.

Sabemos de algunos trages que danzarán el espresado 6 de Abril, y que serán bastante notables.

Las cuatro estaciones irán representadas por cuatro encantadoras mugeres. La primavera con trage de tul verde y flores de lilas; el verano con espigas y flores; el otoño, de tul blanco, por todas partes pámpanos y uvas; el invierno, cubierto el vestido de nieve, de marabus, de crisantemos y de diamantes.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

## ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

### PRIMER FIGURIN.

Vestido de gró negro con dos enaguas guarnecidas con terciopelo formando cuadros. Monillo sin faldas y los mismos cuadros en el pecho: mangas de buches con botas, botones y adorno igual al vestido y monillo: manguitos formados de un buche rodeando el puño, metiéndose en el buche una cinta rosa con la que se forma un moño con cabos largos. Cuello de guipure de Venecia á medallones. Guantes

paja. Cofia de encaje de Inglaterra adornada con cinta rosa.

### SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de reps gris acero, color á la moda, con *quilles* de terciopelo escocés muy anchas que vienen hasta el monillo en forma de tirantes. Mangas de buches con una hombrera de terciopelo escocés y cerradas por un puño de la misma tela que el vestido: manguito rico de punto de aguja. Cuello de lo mismo. Brazaletes de coral. Guantes paja. Sombrero de gró verde rodeado de terciopelo escocés con cordones y borlas escocesas cayendo sobre el hombro.

## ESPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES Y BORDADOS.

### BATA PARA SEÑORA.

- N.º 1 Mitad del delantero.
- 2 Id. de la espalda.
- 3 Id. de la manga.
- 4 Puño.
- 5 Vuelta del dicho.
- 6 Cuello.
- 7 Conjunto de la bata. Estas pueden hacerse de percal ó chaconá con el cuello y puño liso ó bordado con un dibujo sencillo, en cuyo caso se le agregan al delantero uno ó dos embutidos, separándolos con pequeños pliegues. La manga debe fruncirse en la pegadura del puño mientras que la union de arriba está sin fruncir. Despues de cortados los varios moldes que se señalan en la hoja de patrones, deberá armarse uniendo las letras marcadas en ellos respectivamente.
- 8 Escudo con las iniciales H. B.: al pasado ó feston.
- 9 Cofia de terciopelo con adornos de perlas y encaje negro.
- 10 Adorno de encaje negro, con ramos de rosas en cada lado y moño de terciopelo negro: fondo de cinta de gró á buches.
- 11 Id. en forma de toquilla, de glasé guarnecida de crespon y adornado de cinta gró.
- 12 Papalina de muselina con buches; embutidos de Valenciennes y adorno de cintas.
- 13 Adorno de encaje de Valenciennes con cintas blancas ribeteadas de terciopelo.



- pelo y un pequeño rizado de glasé blanco.
- 14 Id. de tul de seda y cinta de gasa con toquilla de tul negro rodeada de encaje del mismo color: fondo de terciopelo á cuadros.
  - 15 Berta redonda de tul de seda cubierta de pequeñas blondas y adornada con cuatro lazos de cinta de terciopelo.
  - 16 Cuello parisien, bordado y guarnecido de encaje con un rizado de cinta.
  - 17 Manga abierta con dos buches y encajes, cogida con un moño de terciopelo.
  - 18 Manga cerrada que puede acompañar al cuello n.º 16.
  - 19 Alfabeto: al pasado y pespunte.
  - 20 M. D. ligadas: al pasado.
  - 21 Adela: id.
  - 22 Rosalía: id.
  - 23 Paulina: id. y lunares.
  - 24 A. D. S.: id.
  - 25 E. O.: id. y lunares.
  - 26 Gabriel: id.
  - 27 E. A. ligadas: id.
  - 28 J. G.: id.
  - 29 C. S.: id.
  - 30 J. S.: id.
  - 31 F. S.: id.
  - 32 H. S.: id.
  - 33 M. J. de P.: id.
  - 34 B. P.: id.
  - 35 J. P.: id.
  - 36 M. Y. P. enlazadas: feston.
  - 37 J. P.: id. id.
  - 38 B. P.: id. id.

- N.º 1 Banda para enaguas blancas: las guirnalas al pasado y estas se separan por seis pequeñas alforzas.
- 2 Embutido al pasado.
  - 3 y 4 Cuello y puño: bordado ligero.
  - 5 Guarnicion: al pasado, punto de escala y calados.
  - 6 Banda para calzoncitos: al pasado, ojetes y punto de ojal.
  - 7 Esquina de pañuelo: al pasado, ojetes y punto de escala.
  - 8 Escudo con las iniciales G. M.: al pasado y ojetes.
  - 9 Guarnicion: al pasado y calados.
  - 10 á 12 Embutidos: al pasado.
  - 13 Guarnicion para volante de manteleta, toquilla María Antonieta, etc.: al pasado.
  - 14 Id. para calzoncitos y otros objetos: al pasado.

- 15 Id. id. id.: al pasado y feston.
- 16 Id. id.: id.
- 17 Id. pequeña para papalina, bata, etc.: al pasado.
- 18 Embutido: feston y ojetes sombreados.
- 19 Id. para objetos de canastilla: al pasado ó bordado ligero.
- 20 y 21 Cuello y puño: feston.
- 22 Pañuelo para niña: punto de ojal.
- 23 y 24 Cuello y puño: feston.
- 25 Banda para calzoncitos: al pasado.
- 26 id. id. id. y punto de ojal.
- 27 Escudo con las iniciales B. S. L.: al pasado.
- 28 Id. id. N. B.: cor-doncillo y ojetes.
- 29 J. G.: al pasado.
- 30 M. J.: id.
- 31 Antonia: id.
- 32 J. N. R. enlazadas: id.
- 33 LL.: id.
- 34 LL. R. enlazadas: id.
- 35 Josefina Siliuto: id.
- 36 Kenelma Siliuto: id.
- 37 J. G. P.: id.
- 38 M. Z. A.: id.
- 39 Herminia: id.
- 40 Aurora: id.
- 41 J. G.: id.

## ESPLICACION DE LA HOJA DE CROCHET.

- N.º 1 Mitad de un asiento para piano.
- 2 Embutido.
  - 3 Fondo para colcha y otros objetos.
  - 4 Paño para butaca.
  - 5 y 6 Embutidos.
  - 7 Redondela para varios objetos.
  - 8 Embutido.
  - 9 y 10 Fondo para colcha, y encaje para la misma.

Hemos reimpreso los números que se habian agotado del tomo de LA MODA correspondientes al pasado año, y el cual es una preciosa coleccion de figurines, patrones y dibujos propios para el neceser de una señorita; por tanto se halla á la venta solo para los suscritores actuales de LA MODA, al precio de 84 reales.

Los que gusten adquirirlo pueden dirigirse al Administrador de LA MODA—Cádiz—incluyéndole sellos de franqueo de á 4 cuartos ó libranzas de Tesorería, y lo recibirán á correo vuelto, franco de porte.



**Los Sres. suscritores, cuyo abono haya empezado con posterioridad al 1.º de Enero, que quieran completar la coleccion, pueden pasar aviso a nuestro Administrador, o bien a los comisionados, y a correo vuelto lo recibirán.**

### CORRESPONDENCIA.

Sra. condesa de C. y V.: *Aro*.—El no habérsele remitido á V. el periódico ha sido porque el comisionado no avisó oportunamente la renovacion. Efectuada esta en 14 de Marzo, se le han remitido los números que le correspondían.

Sra. marquesa de S.: *Ronda*.—Queda V. suscrita por 3 meses desde 1º del presente.

Sr. Don A. T.: *Cartagena*.—Id. id.

Sr. Don J. M.: *Benavente*.—Id. id. desde 1º de Marzo. El manual de taquigrafía es muy en compendio y no abraza los conceptos que V. solicita.

Sra. D<sup>a</sup> A. P.: *Barcelona*.—Id. id. desde 1º de Enero.

Sra. D<sup>a</sup> Y. S.: *Barcelona*.—Id. id. desde 1º de Enero.

Sr. Don C. C.: *Barcelona*.—Id. por un año desde id.

Sra. D<sup>a</sup> B. R.: *Bilbao*.—Id. id. id.

Sr. Ldo. Don A. y C.: *Alicante*.—Id. por 3 meses desde 1º de Abril.

Sr. Don M. M. y G. P.: *Santiago*.—Id. id. id.

Sr. Don P. J. G.: *Palma*.—Id. id. id. por 3 ejemplares.

Sr. Don L. S.: *Albuñol*.—Id. id. id.

Sr. Don J. J.: *Burgos*.—Id. id. id. y se ha rectificado su apellido.

Exema. Sra. Baronesa de la P.: *Barcelona*.—Id. id.

Sra. D<sup>a</sup> Y. M.: *Barcelona*.—Id. id.

Sr. Don F. B.: *Zafra*.—Id. id. y se le remitió el almanaque que solicitaba.

Sr. Don J. P.: *Vich*.—Se han hecho los abonos que ordenaba en su carta 16 de Marzo.

Sr. Don M. M.: *Granada*.—Se le ha suscrito por un año desde 1º de Enero.

Sr. Marqués del S.: *Granada*.—Id. id. id.

Sr. Don Y. R. y A.: *Canton de Mula*.—Se le ha enviado el tomo 9º del Vizconde, y le suplicamos nos

devuelva el del número 14 que le sobra, pues de lo contrario nos descompleta un ejemplar.

Sr. Don F. O.: *Barcelona*.—Se le ha remitido lo que se ha podido hallar de lo que solicitaba, que asciende á 22 rs. vn., que esperamos nos remita en libranzas ó sellos de franqueo.

**SUMARIO.**—*La mujer, estudios morales por Doña María del Pilar Sinués de Marco.*—*La vida de Juan Soldado, por D. Antonio de Trueba.*—*Nuevo manual de señoritas.*—*Las siete virtudes capitales, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.*—*Crónica local, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Modas de París, por la Vizcondesa de Renneville.*—*Explicacion del figurin de modas.*—*Id. de la hoja doble de patrones.*—*Id. de la hoja de crochet.*—*Advertencias.*—*Correspondencia.*—*Geroglífico.*

**LAMINAS.**—*Figurin para vestidos de señora.*—*Dicho para caballero.*—*Dibujo grande de crochet.*—*Hoja doble de patrones y bordados.*

### Solucion del geroglífico anterior.

*Hoy recuerda la Iglesia la entrada del Salvador del mundo en Jerusalem entre palmas y olivas.*

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

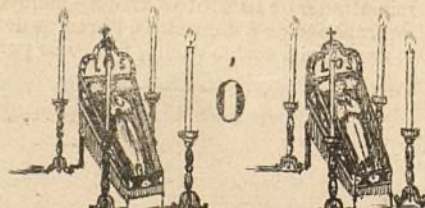
CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.



O



C  
T



O



C  
T



Ayuntamiento de Madrid